

UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES



Small white paper label on the bottom left corner of the cover.

TECHNIQUE

MAXIMAS
DE GUERRA
E NAPOLEÓN

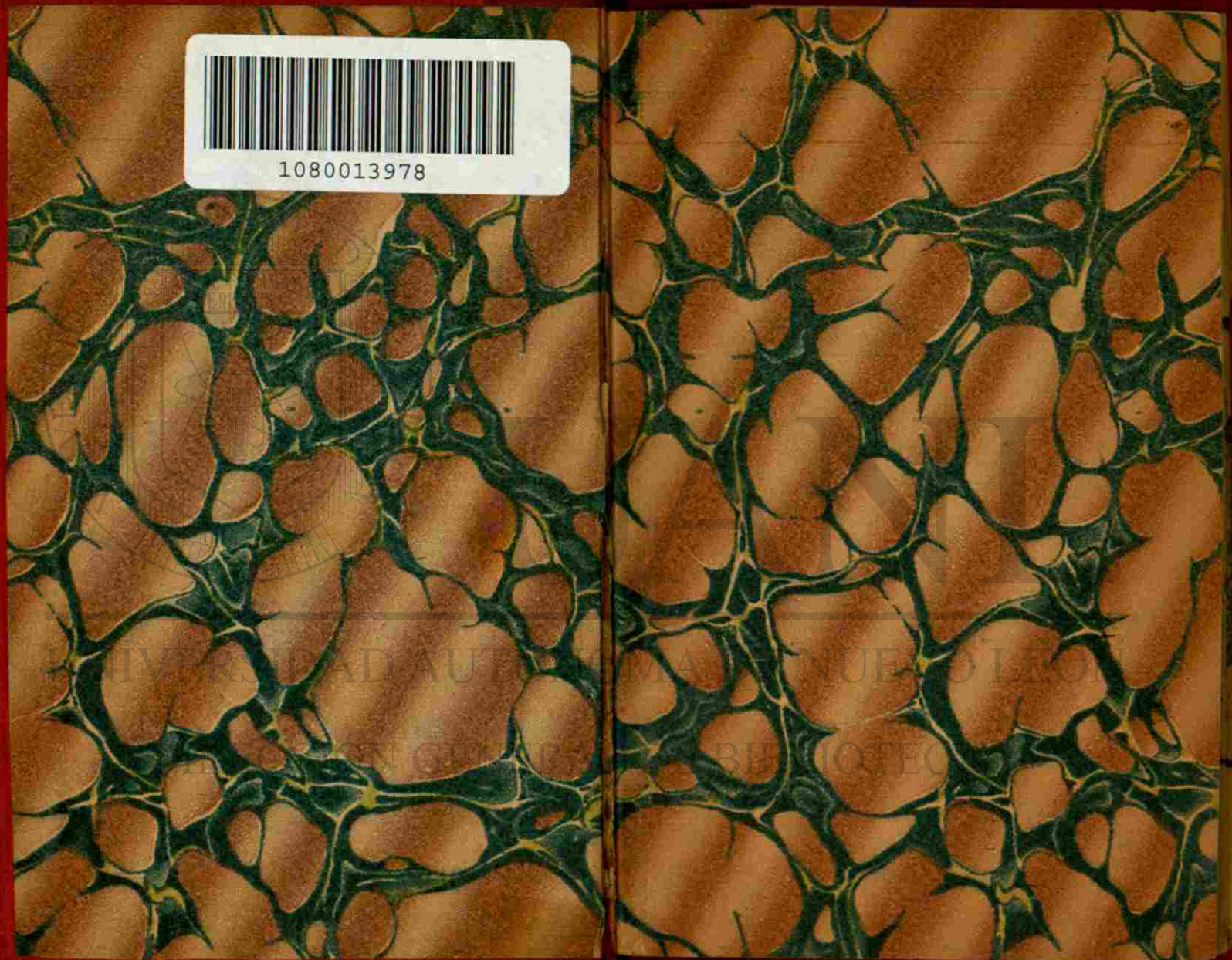
U19

N3

R. C.



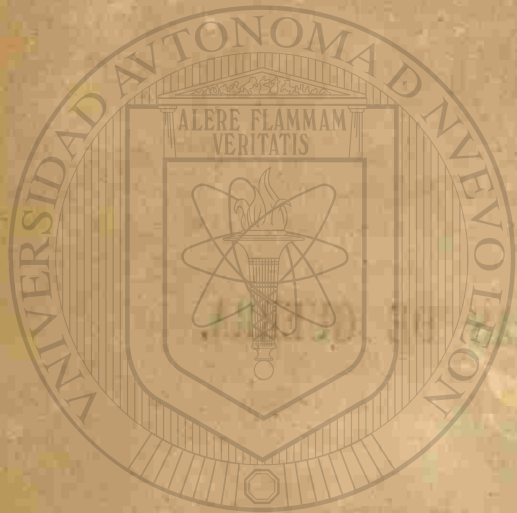
1080013978



MÁXIMAS DE GUERRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REPÚBLICA MEXICANA.

Biblioteca de la Secretaría de Guerra y Marina.

SERIE SEGUNDA.

MÁXIMAS DE GUERRA

DE

NAPOLEON I.

EXTRAIDAS DE SUS MEMORIAS.

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS

POR EL CORONEL

RAFAEL ECHENIQUE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO.

Tipografía de Gonzalo A. Esteva.
Calle de San Juan de Letran, número 6.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1881.

SECRETARÍA DE GUERRA Y MARINA
BIBLIOTECA DEL EJERCITO MEXICANO

U19

N3



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155794

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

De Tacubaya.

GENERALES DEL PORVENIR:

Á vosotros que estais destinados á la defensa de nuestras fronteras, de nuestras instituciones y de nuestra venerada patria, dedico este pequeño trabajo, insignificante en verdad por lo que á mí toca; pero inmenso si se atiende al fruto que vuestro ilustrado talento obtendrá con el detenido estudio de los preceptos que encierra.

El coronel J. Almirante ha dicho, y con razon: "El arte militar requiere un prin-



cipio de asimilacion desechando toda preocupacion de originalidad. Los romanos que á tan alto punto de perfeccion supieron ensalzar el arte, sobresalieron en el tino de imitar y apropiarse lo más ventajoso de sus enemigos. Así las derrotas eran para ellos fuentes de enseñanza y de mejora. Los elefantes de Pirro, no les sorprendieron más que una vez. En cuanto conocieron la espada española, abandonaron la suya. La táctica de Aníbal, inspiró la de Fabio. Ellos buscaban jinetes nómidas, arqueros cretenses, honderos baleares, marinos rodios; donde había una institucion, una superioridad, era buscada, examinada y puesta en práctica. Ningun otro pueblo *preparó* la guerra con mayor prudencia, ni la *hizo* con mayor audacia y fortuna."

Así pues, nunca debemos perder de vista los modelos que se nos presentan: La experiencia que, nuestra vida transitoria

puede darnos, es muy limitada; debemos aprovechar la de los hombres ilustres que nos han precedido.

Las máximas que teneis á la vista, se han escrito teniendo palpitante aún el recuerdo de las batallas, la gloria de los triunfos y el abatimiento de las derrotas. Son cuadros tomados del natural, sobre los campos de batalla, y no pálidos bosquejos inspirados en la soledad del gabinete.

Esta obra es, en fin, un resumen del genio de los más distinguidos capitanes, y el fruto de la experiencia ofrecido por las generaciones que pasaron.

RAFAEL ECHENIQUE.

México, Agosto 1.º de 1879.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAXIMAS.

I.

Los Estados tienen por fronteras: grandes rios, cadenas de montañas ó desiertos. De estos obstáculos que se oponen á la marcha de los ejércitos, el más difícil de vencer es el desierto, en seguida las montañas y en último lugar los rios.

II.

En un plan de campaña debe haberse previsto todo aquello que el enemigo puede hacer, y el mismo plan debe contener los medios para descubrirlo. Los planes de

campaña se modifican hasta lo infinito, según las circunstancias y el genio del Jefe, la naturaleza de las tropas y la topografía del teatro de la guerra.

III.

Un ejército que marcha á conquistar un país, tiene sus dos alas apoyadas, sea en países neutrales ó en grandes obstáculos naturales como son: rios, cadenas de montañas, etc. Puede suceder que solo una de sus alas esté apoyada, ó que las dos dejen de estarlo. En el primer caso, un general en jefe solo tiene que atender á que su frente no sea penetrado; en el segundo debe apoyarse sobre el ala sostenida, y en el tercero debe de tener sus diversos Cuerpos bien apoyados sobre su centro y jamas separarse de él; porque si es una dificultad que hay que vencer, la de tener dos flancos sin apoyo, este inconveniente es doble si se tienen cuatro, y triple si se tienen seis, es decir, si uno se divide en dos ó tres Cuerpos diferentes. La línea de operaciones, en el primer caso, puede

apoyarse indiferentemente sobre la izquierda ó la derecha; en el segundo debe apoyar el ala sostenida, en el tercero debe de estar perpendicular sobre el centro de la línea de marcha del ejército. Pero en todos estos casos, es necesario, á cada cinco ó seis dias de marcha, tener una plaza fuerte ó una posicion retrincherada sobre la línea de operaciones, para reunir allí los almacenes de boca y guerra, organizar los convoyes y hacer un centro de movimiento, un punto de concentracion que acorte la línea de operaciones del ejército.

IV.

Cuando se marcha á la conquista de un país, con dos ó tres ejércitos, teniendo cada uno su línea de operaciones hasta un punto fijo en que deben de reunirse, está establecido, que la reunion de esos diversos Cuerpos de ejército, no debe efectuarse jamas cerca del enemigo; porque no solamente éste, concentrando sus fuerzas, puede impedir su reunion, sino que puede batirlos separadamente.

Toda guerra debe de ser metódica; por que todas deben de tener un objeto, y se conducirá conforme á los principios y reglas del arte. La guerra debe hacerse con fuerzas proporcionadas á los obstáculos que hayan podido preverse.

VI.

Al principio de una campaña es preciso meditar bien si se debe ó no avanzar; pero cuando se ha efectuado la ofensiva, hay que sostenerla hasta el último extremo. Sea cual fuere la habilidad en las maniobras de una retirada, esta debilitará siempre la moral de un ejército, pues al perder las probabilidades de buen éxito, éstas pasan al enemigo. Además, las retiradas cuestan muchos más hombres y material de guerra que las acciones más sangrientas; con esta diferencia, que en una batalla, el enemigo pierde más ó menos, tanto como uno, mientras que en una retirada uno pierde y él no.

VII.

Un ejército debe de estar, todos los días, todas las noches y á toda hora, pronto para oponer toda la resistencia de que es capaz; para esto es necesario que los soldados tengan constantemente sus armas y municiones, que la infantería tenga siempre con ella su artillería, su caballería y sus generales; que las diversas divisiones del ejército estén constantemente en aptitud de sostenerse, de apoyarse y de protegerse; que en los campos, en las marchas y en los altos, las tropas estén siempre en posiciones ventajosas, teniendo las condiciones exigidas para todo campo de batalla, á saber: que los flancos estén bien apoyados, y que todas las armas de tiro puedan ponerse en juego en las posiciones que le sean más ventajosas. Cuando el ejército está en columna de marcha, es preciso tener vanguardias y flanqueadores que exploren al frente y flancos, y á distancias bastante grandes, para que el Cuerpo principal del ejército pueda desplegarse y tomar posición.

VIII.

Un general en jefe debe preguntarse varias veces al día: "Si el ejército enemigo se avistara á mi frente, á mi derecha ó á mi izquierda, ¿qué haría yo?" Si se encuentra indeciso, está mal situado, no está en regla y debe de remediarlo.

IX.

La fuerza de un ejército, como la cantidad de los movimientos en la mecánica, se valía por la masa multiplicada por la velocidad. Una marcha rápida aumenta la moral del ejército, y sus medios para obtener la victoria.

X.

Con un ejército inferior en número, inferior en caballería y en artillería, hay que evitar una batalla general, suplir al número con la rapidez de las marchas, á la falta de artillería con la naturaleza de las

maniobras, á la inferioridad de la caballería con la eleccion de las posiciones. En semejante situacion la moral del soldado vale mucho.

XI.

Operar en direcciones distantes unas de otras, y sin comunicaciones, es una falta que ordinariamente hace cometer otra. La columna destacada solamente tiene órdenes para el primer día, sus operaciones para el segundo dependen de lo que ha sucedido á la columna principal; así, segun las circunstancias, esta columna perderá tiempo en esperar órdenes ó bien obrará al acaso. Debe, pues, observarse como principio, que un ejército debe tener siempre unidas todas sus columnas, de modo que el enemigo no pueda penetrar entre ellas; cuando por algunas razones se separa uno de esta máxima, es preciso que los Cuerpos destacados queden independientes en sus operaciones, y que se dirijan hacia un punto determinado, sobre el cual deban reunirse debiendo marchar sin vacilacion

y sin nuevas órdenes. En fin, esos Cuerpos deben estar, lo ménos posible, expuestos á ser atacados aisladamente.

XII.

Un ejército no debe tener más de una sola línea de operaciones, debiendo conservarla con esmero y solo abandonarla por imperiosas circunstancias.

XIII.

Las distancias que los Cuerpos de ejército deban conservar, entre ellos, en las marchas, dependen de las localidades, de las circunstancias y del fin que uno se propone.

XIV.

En las montañas se encuentra un gran número de posiciones formidables por sí mismas, que no deben de atacarse. El sistema de esta clase de guerra consiste en

ocupar campos, sea sobre los flancos ó á espaldas del enemigo, poniéndolo así en la alternativa de evacuar sus posiciones sin combatir para tomar una á su retaguardia ó de salir para atacar. En la guerra de montañas el que ataca tiene desventajas, aun en la guerra ofensiva; el arte consiste en sostener combates defensivos y obligar al enemigo á que ataque.

XV.

El primer deber de un general que da una batalla, es de atender á la gloria y honor de las armas; la salud y la conservación de los hombres es secundario; mas tambien en esta manera de proceder, vigorosa y obstinada, se encuentra la salud y la conservación de los hombres. En una retirada se pierde, ademas del lustre de las armas, más gente que en dos batallas; por esta razon no hay que desesperarse mientras haya quien sostenga la bandera, y la victoria será el premio que se obtenga.

XVI.

No hacer lo que el enemigo quiere que uno haga, es una máxima de guerra perfectamente comprobada, y no debe de hacerse por la razón única de: que él quiere que se haga; así pues, debe evitarse el campo de batalla que él ha reconocido y estudiado. Con mayores razones debe de evitarse el campo que ha fortificado y en el que se ha retrincherado. Una consecuencia de este principio es la de no atacar jamás de frente una posición que puede voltearse.

XVII.

En una guerra de marchas y de maniobras, para eludir una batalla contra un ejército superior, es necesario retrincherarse todas las noches y colocarse siempre ventajosamente para defenderse. Las posiciones naturales que se encuentran de ordinario, no bastan para que un ejército pueda ponerse á cubierto de la superioridad de otro más numeroso, sin los auxilios del arte.

XVIII.

Un general mediano que ocupa una mala posición, buscará su salvación en la retirada, si lo sorprende un ejército superior; pero un gran capitán se sostendrá con valor y marchará al encuentro del enemigo. Por medio de ese movimiento desconcierta á su adversario, y si éste demuestra vacilación en su marcha, un general hábil, aprovechando este momento de indecisión, puede aún esperar la victoria ó á lo ménos ganar el día maniobrando, y en la noche puede retrincherarse y replegarse sobre una posición más ventajosa. Conduciéndose de este modo conservará el honor de las armas, esta parte tan importante de la fuerza de un ejército.

XIX.

La transición del orden defensivo al orden ofensivo, es una de las operaciones más delicadas de la guerra.

XX.

Nunca debe uno abandonar su línea de operaciones; pero es una de las maniobras más hábiles del arte de la guerra, el saberla cambiar cuando las circunstancias lo autorizan. Un ejército que cambia hábilmente su línea de operaciones engaña al enemigo, que no sabe ya cuál es su retaguardia ni cuáles los puntos débiles sobre los que puede amenazarlo.

XXI.

Cuando un ejército lleva á su retaguardia un tren de sitio, ó grandes convoyes de heridos y de enfermos, es indispensable que tome los caminos más cortos para acercarse á sus depósitos lo más pronto que sea posible.

XXII.

El arte de establecer un campo sobre una posición, no es más que el arte de tomar una línea de batalla sobre esta posi-

cion. Con este fin es preciso que todas las máquinas de tiro estén en juego y colocadas de un modo conveniente; hay que elegir una posición que no esté dominada y no pueda ser volteada, y, tanto como sea posible, es necesario que domine y envuelva las posiciones que le rodean.

XXIII.

Cuando se ocupa una posición que el enemigo amenaza envolver, hay que reunir con presteza las fuerzas y amenazarlo con un movimiento ofensivo. Por este medio se le impide que abandone sus puestos y venga á inquietar los flancos, en el caso de que uno quiera retirarse.

XXIV.

Una máxima de guerra que no debe de olvidarse jamás, es que se deben de reunir los acantonamientos sobre el punto más lejano y que esté más á cubierto del enemigo, sobre todo cuando éste aparece de improviso. De este modo se tendrá tiem-

po de reunir todo el ejército ántes de que el enemigo pueda atacar.

XXV.

Cuando dos ejércitos están en batalla y que uno de ellos debe verificar su retirada sobre un punto, mientras que el otro puede situarse hácia todos los de la circunferencia, éste posee inmensas ventajas. Entonces es cuando un general debe de ser audaz, descargar grandes golpes y manobrar sobre los flancos de su enemigo; la victoria será suya.

XXVI.

Hacer que los Cuerpos obren separadamente sin tener entre ellos comunicacion alguna y estando enfrente de un ejército concentrado y con fáciles comunicaciones, es proceder contra los verdaderos principios.

XXVII.

Cuando uno ha sido desalojado de su primera posicion, debe reconcentrar sus co-

lumnas bastante á retaguardia para que el enemigo no pueda anticipársele; porque sería lo más enfadoso que pudiera suceder, que las columnas fueran atacadas aisladamente ántes de su reunion.

XXVIII.

No debe establecerse ningun destacamento la víspera de una batalla, porque en la noche puede cambiar el estado de las cosas, sea por los movimientos de retirada del enemigo ó por la llegada de grandes refuerzos que lo pongan en aptitud de tomar la ofensiva, resultando entonces funestas las prematuras disposiciones que se hayan tomado.

XXIX.

Cuando se quiere dar una batalla, es regla general la de reunir todas las fuerzas sin omitir ninguna de ellas. Algunas veces un batallon tan solo decide el éxito de una jornada. ®

XXX.

Nada es más temerario y opuesto á los principios de la guerra, que el hacer una marcha de flanco al frente de un ejército en posición, sobre todo cuando este ejército ocupa alturas á cuyo pié debe desfilarse.

XXXI.

Procuraos todas las probabilidades de triunfo cuando proyecteis dar una gran batalla, sobre todo si teneis al frente un gran capitán; porque si sois batido, aunque esteis en el centro de vuestros almacenes, cerca de vuestras plazas. ¡Ay del vencido!

XXXII.

El deber de la vanguardia no consiste en avanzar ó en retroceder, sino en maniobrar. Debe ser formada de caballería ligera, sostenida por una reserva de caballería de línea y de batallones de infantería que tengan también baterías para su sosten.

Es necesario que las tropas de vanguardia sean escogidas y que los generales, oficiales y soldados, conozcan bien su táctica, cada uno según las necesidades de su grado; sin estas condiciones la tropa solo sería un objeto de estorbo en la vanguardia.

XXXIII.

Hacer entrar sus parques y artillería pesada en un desfiladero de cuya salida no es uno dueño, es contrario á los usos de la guerra; en caso de retirada embarazan y se pierden. Deben dejarse en posición bajo la custodia de una escolta competente, hasta apoderarse de la boca del desfiladero.

XXXIV.

Hay que observar como principio, el de no dejar jamás entre los diversos Cuerpos que forman la línea de batalla, intervalos por los cuales pueda pasar el enemigo, sino en el caso de que se le quiera atraer á una celada.

XXXV.

Los campos de un mismo ejército, deben estar colocados, siempre, de manera que puedan sostenerse.

XXXVI.

Quando el ejército enemigo se encuentre cubierto por un río sobre el cual tiene varias cabezas de puentes, no hay que abordarlo de frente, pues se diseminaría vuestro ejército y se expondría á ser cortado. Es necesario acercarse á la ribera que se quiera pasar por medio de columnas escalonadas, de manera que solo la más avanzada de ellas pueda ser atacada por el enemigo, sin presentar él mismo su flanco. Durante este tiempo, las tropas ligeras guarnecerán la ribera, y cuando se ha fijado el punto por el cual se quiere pasar el río, se arroja uno rápidamente y echa el puente. También debe observarse que el punto para el paso, debe de estar lejos del escalon de vanguardia con el fin de enganar al enemigo.

XXXVII.

Desde el momento en que uno se apodera de una posición que domina la ribera opuesta, se adquieren muchas facilidades para efectuar el paso de un río, sobre todo si esta posición es bastante extensa para colocar una numerosa artillería. Esta ventaja es menor si el río tiene más de trescientas toesas, porque la metralla no pudiendo llegar ya á la ribera opuesta, las tropas que defienden el paso, pueden fácilmente desfilarse y ponerse á cubierto de los fuegos. Sucede entónces que si los granaderos encargados de pasar el río para proteger la construcción del puente, pueden alcanzar la otra ribera, serán despedazados por la metralla del enemigo, puesto que sus baterías colocadas á doscientas toesas de la salida del puente, están en posición conveniente para hacer un fuego muy mortífero, aunque distantes de más de quinientas toesas de las baterías del ejército que quiere pasar: así es que le favorecen todas las ventajas de la artillería. Además, en ese caso no es posible pasar si no es sorprendiendo al enemigo y estando pro-

tegido por una isla intermediaria, ó bien cuando uno aprovecha un entrante muy pronunciado que facilite el establecimiento de baterías que crucen sus fuegos sobre la gola. Esta isla ó este entrante forman entónces una cabeza de puente natural, y proporcionan ventajas para la artillería del ejército que ataca.

Quando un río tiene ménos de sesenta toesas, y que se tiene dominada la ribera opuesta, las tropas que se han lanzado sobre el borde opuesto, estando apoyadas por la artillería, se encuentran tan ventajosamente situadas, que por corto que sea el entrante del río, es imposible al enemigo impedir el establecimiento del puente. En ese caso, los generales más hábiles, cuando han podido prever los proyectos de sus enemigos, y acudir con su ejército al punto del paso, se han limitado á oponerse al paso del puente. Siendo este un verdadero desfiladero, hay que colocarse en semicírculo alrededor de su extremidad y desenfilarse del fuego de la ribera opuesta, á distancia de tres ó cuatrocientas toesas.

XXXVIII.

Es difícil impedir el paso de un río á un enemigo que tiene trenes de puente para verificarlo. Quando el ejército que defiende el paso, tiene la mira de cubrir un sitio, tan luego como el general que lo manda, tenga la evidencia de que no puede oponerse al paso; debe tomar sus medidas para llegar ántes que el enemigo á una posición intermedia entre el río y la plaza que cubre.

XXXIX.

Turena en la campaña de 1645, fué estrechado con su ejército, en Philisburgo, por un ejército muy numeroso. No se encontraba puente sobre el Rhin; pero él se aprovechó del terreno, entre el río y la plaza para establecer su campo. Esto debe servir de lección á los oficiales de ingenieros, no solamente para la construcción de las plazas fuertes, sino tambien para las cabezas de puente. Hay que dejar un espacio entre la plaza y el río, de modo que, sin entrar en la plaza, lo cual compromete

teria su seguridad, pueda un ejército colocarse y reunirse entre la plaza y el puente. Un ejército que se retira hacia Maguncia, estando perseguido, está forzosamente comprometido, supuesto que necesita más de un día para pasar el puente y que el recinto de Cassel es demasiado pequeño para que un ejército pueda alojarse sin estar embarazado. Hubiera sido necesario dejar doscientas toesas entre la plaza y el Rhin. Es esencial que las cabezas de puente delante de los grandes rios sean trazadas conforme á este principio; de otro modo serán de poca utilidad para proteger el paso de un ejército en retirada. Las cabezas de los puentes del modo que se enseñan en las escuelas, solo sirven para los rios pequeños cuyo desfiladero es breve.

XL.

Tan útiles son las plazas fuertes para la guerra ofensiva como para la defensiva. Es indudable que solas no pueden detener al enemigo; pero son un medio excelente para retardar, estorbar, debilitar é inquietar á un enemigo victorioso.

XLI.

Solo hay dos medios para asegurar el sitio de una plaza: el uno es comenzar por derrotar al ejército enemigo encargado de cubrirla, alejarlo del campo de operaciones y arrojar los restos á la parte opuesta de algun obstáculo natural, tales como montañas ó algun gran rio; vencido este primer obstáculo hay que colocar un ejército de observacion detras de ese obstáculo natural, hasta que los trabajos de sitio estén terminados y tomada la plaza. Pero si se quiere tomar la plaza delante de un ejército que la apoya sin aventurar una batalla, hay que estar provisto de un tren de sitio, tener víveres y municiones para el tiempo que se juzgue que pueda durar el sitio y formar sus líneas de contravalacion, ayudándose de algunas localidades, tales como alturas, bosques, pantanos, inundaciones, etc. No teniendo entónces necesidad de mantener ningunas comunicaciones con las plazas de depósito, no hay necesidad de contener al ejército auxiliar; en ese caso, se forma un ejército de observacion que no lo pierda de vista, y que intercep-

tándole el camino de la plaza, tiene siempre el tiempo suficiente para llegar sobre sus flancos ó á su retaguardia, si le ocultara una marcha. Aprovechando las líneas de contravalacion, puede emplearse una parte del ejército sitiador para librar una batalla al ejército auxiliar. Así pues, para sitiar una plaza al frente de un ejército enemigo, hay que cubrir el sitio por medio de líneas de circunvalacion. Si el ejército es bastante fuerte para que, despues de haber dejado frente á la plaza un Cuerpo, cuádruplo de la guarnicion, sea aun tan numeroso como el ejército auxiliar, puede entónces alejarse más de una jornada; pero si es inferior, entónces se colocará á poca distancia del sitio, con el fin de poder replegarse sobre las líneas, ó bien con el de que pueda ser socorrido, en caso de ataque. Si los dos ejércitos, el de sitio y el de observacion, juntos, solo son iguales al auxiliar, el sitiador debe permanecer unido entre las líneas ó cerca de ellas, y ocuparse de los trabajos de sitio para impelerlos con toda la actividad que sea posible.

XLII.

Feuquières ha dicho: que nunca debe esperarse al enemigo entre las líneas de circunvalacion, y que uno debe salir para atacarlo. Está en un error, en la guerra nada puede ser absoluto y no puede proscribirse el medio de esperar á su enemigo en las líneas de circunvalacion.

XLIII.

Los que proscriben las líneas de circunvalacion y todos los socorros que puede proporcionar el arte del ingeniero, se privan gratuitamente de una fuerza y de un medio auxiliar que jamas son nocivos, siendo útiles casi siempre y con frecuencia indispensables. Sin embargo, los principios de la fortificacion de campaña necesitan ser mejorados. Ningun progreso ha hecho esta parte tan importante del arte de la guerra desde el tiempo de los antiguos; hoy es, tal vez, inferior á lo que era hace dos mil años. Es, pues, necesario alentar á los oficiales del Cuerpo de ingenieros, á

que perfeccionen este ramo de su arte y á levantarle á la altura de los otros.

XLIV.

No permitiendo las circunstancias dejar una guarnicion suficiente para defender una ciudad de guerra, en la que se tenga un hospital y almacenes, por lo ménos deben emplearse los medios posibles para poner la ciudadela á cubierto de un golpe de mano.

XLV.

Una plaza de guerra sólo puede proteger una guarnicion y detener al enemigo durante un tiempo determinado; trascurrido éste y destruidas las defensas de la plaza, la guarnicion rendirá las armas. Todos los pueblos civilizados han estado conformes en este punto y nunca ha habido discusion más que sobre la defensa más ó ménos larga que un gobernador debe hacer ántes de capitular. Sin embargo, hay generales, Villars es de este número, que creen que un general no debe rendirse

nunca; pero, en la ultima extremidad, debe hacer saltar las fortificaciones y aprovecharse de la oscuridad para abrirse paso entre el ejército sitiador. En el caso en que no sea posible hacer saltar las fortificaciones, se puede salir siempre con la guarnicion y salvar á los hombres. Los jefes que han adoptado este medio se han incorporado á su ejército con las tres cuartas partes de la guarnicion.

XLVI.

Las llaves de una plaza de guerra bien valen la libertad de su guarnicion, cuando ésta está resuelta á no salir sino libre; así, es siempre más ventajoso acordar una capitulacion honrosa á una guarnicion que ha manifestado una vigorosa resistencia, que correr la suerte de un asalto.

XLVII.

La infantería, la caballería y la artillería no pueden pasarse la una sin la otra; así es que deben estar acantonadas de mo-

do que, en caso de sorpresa, puedan auxiliarse mutuamente.

XLVIII.

La infantería no debe formarse en línea sino en dos filas; porque el fusil sólo permite tirar en este orden, y por estar reconocido que los fuegos de la tercera fila son imperfectos y aún nocivos á las dos primeras. Al formar la infantería en dos filas, hay que darle una fila exterior de un noveno, ó una por toesa; á doce toesas detras de los flancos hay que colocar una reserva.

XLIX.

El método de mezclar pelotones de infantería con la caballería es defectuoso y plagado de inconvenientes. La caballería esa de ser móvil, está estorbada en todos sus movimientos y pierde su impulso: la infantería también queda comprometida; porque al primer movimiento de la caballería se queda sin apoyo. La mejor manera de proteger la caballería es apoyándole el flanco.

L.

Las cargas de caballería son tan buenas al principio, como al medio ó al fin de una batalla; cuantas veces se pueda deben ejecutarse sobre los flancos de la infantería. Sobre todo cuando ésta tiene su frente comprometido.

LI.

Toca á la caballería el proseguir la victoria é impedir que el enemigo derrotado se rehaga.

LII.

La artillería le es más necesaria á la caballería que á la infantería, supuesto que la caballería no hace fuego y sólo puede batirse al arma blanca. Es para subvenir á esa necesidad por lo que se ha creado la artillería á caballo. La caballería debe, pues, tener siempre consigo sus baterías, sea que ataque, que permanezca en posición ó que se replegue.

LIII.

En marcha ó en posicion, la mayor parte de la artillería debe estar con las divisiones de infantería y de caballería, el resto permanecerá en la reserva. Una pieza de cañon debe dotarse con 300 tiros sin comprender el cofre. Esto lo consumirá poco más ó ménos en dos batallas.

LIV.

Las baterías deben colocarse en las posiciones más ventajosas y lo más adelante posible de las líneas de la infantería y de la caballería, sin que por esto puedan quedar comprometidas. Bueno es que las baterías dominen el campo de toda la altura de la plataforma, y es necesario que el terreno que baten no esté cubierto ni á la derecha ni á la izquierda, de manera que sus fuegos puedan ser dirigidos en todas direcciones.

LV.

Un general debe evitar el poner su ejército en cuarteles de descanso, cuando tie-

ne la facilidad de reunir almacenes de víveres y de forrajes, y de abastecer así las necesidades del soldado.

LVI.

Un buen general, buenos cuadros, una buena organizacion, buena instruccion y disciplina severa, hacen las buenas tropas, independientemente de la causa por la que ellas se batan. Sin embargo, el fanatismo, el amor á la patria, la gloria nacional, pueden tambien inspirar de un modo ventajoso las tropas nuevas.

LVII.

Cuando una nacion no tiene cuadros ni un principio de organizacion militar, le es muy dificil organizar un ejército.

LVIII.

La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar la fatiga y las privaciones; el valor es la segunda. La pobre-

LIII.

En marcha ó en posicion, la mayor parte de la artillería debe estar con las divisiones de infantería y de caballería, el resto permanecerá en la reserva. Una pieza de cañon debe dotarse con 300 tiros sin comprender el cofre. Esto lo consumirá poco más ó ménos en dos batallas.

LIV.

Las baterías deben colocarse en las posiciones más ventajosas y lo más adelante posible de las líneas de la infantería y de la caballería, sin que por esto puedan quedar comprometidas. Bueno es que las baterías dominen el campo de toda la altura de la plataforma, y es necesario que el terreno que baten no esté cubierto ni á la derecha ni á la izquierda, de manera que sus fuegos puedan ser dirigidos en todas direcciones.

LV.

Un general debe evitar el poner su ejército en cuarteles de descanso, cuando tie-

ne la facilidad de reunir almacenes de víveres y de forrajes, y de abastecer así las necesidades del soldado.

LVI.

Un buen general, buenos cuadros, una buena organizacion, buena instruccion y disciplina severa, hacen las buenas tropas, independientemente de la causa por la que ellas se batan. Sin embargo, el fanatismo, el amor á la patria, la gloria nacional, pueden tambien inspirar de un modo ventajoso las tropas nuevas.

LVII.

Cuando una nacion no tiene cuadros ni un principio de organizacion militar, le es muy dificil organizar un ejército.

LVIII.

La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar la fatiga y las privaciones; el valor es la segunda. La pobre-

za, las privaciones y la miseria, son la escuela del buen soldado.

LIX.

Hay cinco cosas que no deben jamas separarse del soldado: su fusil, sus cartuchos, su mochila, sus víveres lo ménos para cuatro días y su útil de zapa. Que se reduzca su mochila al menor volúmen posible, si se juzga necesario; pero que el soldado la lleve siempre consigo.

LX.

Es preciso estimular á los soldados, por todos los medios posibles, para que permanezcan bajo las banderas; lo que podrá obtenerse con facilidad, demostrando grande estimacion á los antiguos soldados. Será tambien preciso aumentar el sueldo en proporcion de los años de servicios; porque será una injusticia el no pagar mejor un veterano que un recluta.

LXI.

En los momentos del fuego, no son las arengas las que hacen valientes á los sol-

dados: los viejos veteranos apenas las escuchan y los reclutas las olvidan al oír el primer cañonazo. Si las arengas y los racionios son útiles, sólo lo son en el curso de una campaña, para desvanecer las insinuaciones y falsedades, conservar la moral en el campo y sugerir material á las pláticas del vivac. La orden del dia, impresa, debe llenar estas miras.

LXII.

Las tiendas no son sanas; es mejor que la tropa vivaquee; porque duermen con los piés hácia el fuego, cuya inmediacion seca prontamente el terreno sobre el cual se acuestan. Algunas tablas ó una poca de paja las abrigan del viento. No obstante, la tienda es necesaria para los jefes, que tienen necesidad de escribir y de consultar el mapa. Hay, pues, que darla á los oficiales superiores, y ordenarles que nunca se acuesten en una casa.

Las tiendas son un punto de observacion para el Estado Mayor enemigo, pues le indican vuestro número y la posicion que ocupais. Mas un ejército formado en dos ó

tres líneas de vivacs, sólo deja ver á lo lejos un humo que el enemigo confunde con la niebla de la atmósfera, y no le es posible contar el número de fuegos.

LXIII.

Las noticias que se obtienen de los prisioneros deben de apreciarse en su justo valor: un soldado no ve más allá de su compañía, y el oficial, cuando más, puede informar de la posición ó de los movimientos de la división á que pertenece su regimiento. Así, pues, el general en jefe no debe tomar en consideración las confesiones arrancadas á los prisioneros, más que cuando están de acuerdo con el parte de las avanzadas, para justificar sus conjeturas sobre la posición que ocupa el enemigo.

LXIV.

No hay nada más importante en la guerra, que la unidad en el mando. Así, cuando sólo se hace la guerra contra una sola potencia, sólo debe de haber un sólo ejer-

cito, operando sobre una sola línea y conducido por un sólo jefe.

LXV.

Á fuerza de disertar, perorar y dictaminar, sucederá lo que siempre ha sucedido, cuando se sigue un camino semejante, esto es, que termina uno por tomar la peor determinación que, en la guerra, es casi siempre la más pusilánime, ó, si se quiere, el más prudente. La verdadera prudencia, en un general, consiste en dictar enérgicas determinaciones.

LXVI.

En la guerra, sólo el jefe comprende la importancia de ciertas cosas, y sólo él puede, por su voluntad y por sus conocimientos superiores, vencer y sobreponerse á todas las dificultades.

LXVII.

Autorizar á los generales y á los oficiales á deponer las armas, en virtud de una ca-

pitulacion particular, en cualquiera otra situacion que la en que formen la guarnicion de una plaza de guerra, presenta incontestables peligros. Es destruir el espíritu militar de una nacion, abriendo así una puerta á los cobardes, á los tímidos y también á los valientes extraviados. En una situacion extraordinaria, se necesita una resolucion extraordinaria: miétras más tenaz sea la resistencia de un Cuerpo armado, más probabilidades tendrá uno de ser auxiliado ó de abrirse paso. ¡Cuántas cosas parecían imposibles, y sin embargo, han sido hechas por hombres resueltos que no tenían más recurso que la muerte!

LXVIII.

Ningun soberano, ningun pueblo, ningun general puede tener garantías si tolera que los oficiales capitulen en campo raso y rindan las armas en virtud de un convenio que favorezca á los individuos del Cuerpo que lo estipula, siendo contrario á los intereses del resto del ejército. Sustraerse al peligro, haciendo la posicion de sus compañeros más peligrosa, es evi-

dentemente una cobardía. Conducta como ésta debe de ser proscrita, declarada infame y acreedora á la pena de muerte. Los generales, los oficiales y los soldados que en una batalla han salvado su vida por medio de una capitulacion, deben ser diezados. El que ordena la rendicion y los que la obedecen, son igualmente traidores y merecen la pena capital.

LXIX.

Sólo hay una manera honrosa de ser hecho prisionero de guerra, y es siéndolo aisladamente y cuando uno no pueda ya servirse de sus armas; entónces no hay condiciones, pues no podría haberlas con el honor; pero por una necesidad absoluta, fuerza es constituirse prisionero.

LXX.

En país conquistado, la conducta de un general está rodeada de escollos: si es enérgico, irrita y aumenta el número de sus enemigos; si benigno, da esperanzas que hacen resaltar más los abusos y las veja-

ciones que son, inevitablemente, inherentes al arte de la guerra. Un conquistador debe saber emplear alternativamente la severidad, la justicia y la dulzura, sea para calmar las sediciones, sea para evitarlas.

LXXI.

Nada puede excusar á un general que aprovecha los conocimientos adquiridos en el servicio de su patria para combatirla y entregar sus baluartes á las naciones extranjeras. Ese crimen está reprobado por los principios de la religion, de la moral y del honor.

LXXII.

Un general en jefe no está á cubierto de las faltas que cometa en la guerra, ocasionadas por órdenes que reciba de su soberano ó del Ministro, cuando el que las da se encuentra lejos del campo de operaciones y que conoce mal ó ignora los últimos acontecimientos. De donde resulta: que todo general en jefe que se encarga de la ejecucion de un plan que le parece malo, es cul-

pable; pues debe hacer presentes los motivos que tenga, insistir en que el plan se cambie, y por último, dar su dimision antes que ser instrumento de la ruina de su ejército. Es culpable, igualmente, todo general en jefe que en cumplimiento de órdenes superiores, da una batalla teniendo certeza de que la perderá. En este último caso debe negar su obediencia; pues un orden militar no exige una obediencia pasiva más que en el caso de que sea dada por un superior que se encuentra presente en el teatro de la guerra en el momento que la da. Teniendo así conocimiento del estado que guarden las cosas, puede escuchar las objeciones y dar las explicaciones necesarias al que debe ejecutar la orden. Más ¿si un general en jefe recibe una orden terminante de su soberano para que dé una batalla, con el mandato de ceder la victoria á su adversario y de dejarse batir, debe obedecer? No. Si el general comprendiera la utilidad de tan singular orden, debería ejecutarla; pero si no la comprende, debe negarse á obedecer.

LXXIII.

La primera cualidad de un general en jefe, es la serenidad, que se forme una justa idea de los objetos, no dejándose alusinar por las buenas ó malas noticias que adquiere: las sensaciones que recibe sucesiva ó simultáneamente en el curso del día, deben clasificarse en su memoria de modo que sólo ocupen el lugar que merecen ocupar; porque la razón y el juicio son el resultado de la comparación de varias sensaciones tomadas con igual consideración. Hay hombres que, por su constitución física y moral, se forman en cuadro con cada cosa. Sea cual fuere su saber, su espíritu, su valor, y además sean cuales fueren sus buenas cualidades, la naturaleza no los ha destinado para el mando de los ejércitos y la dirección de las grandes operaciones de la guerra.

LXXIV.

Conocer bien la carta geográfica y la parte de reconocimientos, cuidar de la expedición de las órdenes, presentar con sen-

cillez los movimientos más complicados de un ejército; he aquí lo que debe distinguir al oficial llamado al servicio de jefe de Estado Mayor.

LXXV.

Un general de artillería debe conocer el conjunto de las operaciones del ejército, puesto que está obligado á proveer de armas y municiones á las diferentes divisiones de que está compuesto. Su correspondencia con los comandantes de artillería, que están en los puestos avanzados, debe ponerlo al corriente de todos los movimientos del ejército, y la dirección de su parque general debe depender de esas noticias.

LXXVI.

Reconocer con destreza los desfiladeros y los vados, aprovecharse de buenos guías, interrogar al cura y al administrador del correo, ponerse en comunicación rápida con los habitantes, enviar espías, apoderarse de las cartas del correo, interpretar-

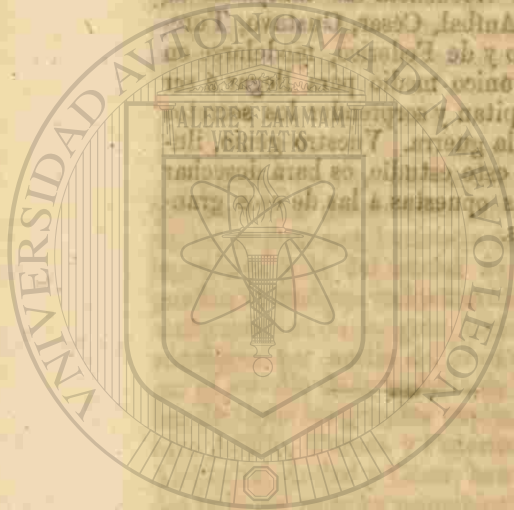
las y analizarlas, y por último, contestar todas las preguntas del general en jefe, cuando llegue con todo el ejército; son las cualidades que debe tener un buen general á quien se confia un puesto avanzado.

LXXVII.

Su genio, ó su propia experiencia, es lo que guía á los generales en jefe. La táctica, las evoluciones, la ciencia del oficial de ingenieros y la del oficial de artillería, pueden aprenderse en los tratados; pero los conocimientos de la gran táctica sólo se adquieren por medio de la experiencia y por el estudio de la historia de las campañas de todos los grandes capitanes. Gustavo Adolfo, Turena y Federico, así como Alejandro, Anibal y César, han obrado todos bajo los mismos principios: tener reunidas sus fuerzas, no ser vulnerable por ningun lado, trasportarse con violencia á los puntos importantes: estos son los principios que aseguran la victoria. Inspirar temor por la reputacion de sus armas, conserva la fidelidad de los aliados y la obediencia de los pueblos conquistados.

LXXVIII.

Leer con frecuencia las campañas de Alejandro, Anibal, César, Gustavo, Turena, Eugenio y de Federico, modelarse en ellos, es el único medio para llegar á ser un gran capitán y sorprender los secretos del arte de la guerra. Vuestro genio, iluminado por este estudio, os hará desechar las máximas opuestas á las de esos grandes hombres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

NOTAS

RELATIVAS A LAS MÁXIMAS DE GUERRA

NAPOLEON I.

Al formar una colección de las máximas de guerra que han dirigido las operaciones militares del primero de los capitanes de los tiempos modernos, he tenido por objeto el ser útil a los jóvenes oficiales que desean aprender el arte de la guerra, meditando sobre las numerosas campañas de Gustavo Adolfo, Turena, Federico y Napoleón. Las mismas máximas han dirigido a todos esos grandes hombres; es pues, aplicándolas a la lectura de sus campañas, que los militares podrán reconocer la sabiduría que encierran, y después, aprovecharlas, cada cual según sus dotes particulares.

Al notar lo incompleto de esta colección, procuré suplir á lo que faltaba, hojeando

en las "Memorias de Montecuculli" y en la "Instrucción de Federico á sus generales."

La analogía de sus principios con los de Napoleon me convenció de que el arte de la guerra es susceptible de considerarse bajo dos puntos de vista: el uno descansa enteramente sobre los conocimientos y el genio del general en jefe; y el otro sobre las particularidades de detalle. El primero es idéntico para todos los tiempos, para todos los pueblos, cualquiera que sea el armamento con que combatan; de donde resulta que los mismos principios han guiado á los grandes capitanes de todos los siglos: la parte del detalle, al contrario, está bajo la influencia de los tiempos, del espíritu de los pueblos y de la clase del armamento. Para dar á conocer la exactitud de esta observación, he buscado, también, hechos, en apoyo de estas máximas, en las diferentes edades de la guerra, y poder demostrar así que nada es problemático en el arte de la guerra; sino que, lo adverso y lo feliz dependen casi siempre del grado de genio y de los conocimientos adquiridos por aquel que la dirige.

NOTAS.

I.

Los Estados tienen por fronteras: grandes rios, cadenas de montañas ó desiertos. De estos obstáculos que se oponen á la marcha de los ejércitos, el más difícil de vencer es el desierto, en seguida las montañas, y en último lugar, los rios.

Parece que Napoleon, en su carrera militar, fué llamado á sobreponerse á todas las dificultades que pueden presentarse en las guerras de invasión. En Egipto atravesó los desiertos, venció y destruyó á los mamelucos tan renombrados por su destreza y su valor; supo doblegar su genio á todos los peligros de esta lejana expedición, en un país en el que todo era ajeno á las necesidades de su ejército. Para conquistar la Italia, traspasó dos veces los Alpes por los puntos más difíciles y en una

estacion que multiplicaba más las dificultades. En tres meses pasó los Pireneos y dispersó cuatro ejércitos españoles. Por último, desde los bordes del Rhin hasta los del Boristene ningún obstáculo natural pudo contener la rápida marcha de sus ejércitos victoriosos.

II.

En un plan de campaña debe haberse previsto todo aquello que el enemigo puede hacer, y el mismo plan debe contener los medios para descubrirlo. Los planes de campaña se modifican hasta lo infinito, según las circunstancias y el genio del jefe, la naturaleza de las tropas y la topografía del teatro de la guerra.

Algunas veces se ve que un plan de campaña aventurado, tiene un éxito feliz infringiendo todos los principios del arte de la guerra; pero ese éxito depende, en lo general, de los caprichos de la fortuna ó de las faltas que comete el enemigo, y sobre estas eventualidades ni se puede ni se debe contar jamás. Un plan de campaña

concebido con anterioridad, aunque esté apoyado en los verdaderos principios de la guerra, está expuesto á frustrarse si tiene uno que luchar contra un enemigo que, manteniéndose primeramente á la defensiva, concluye por tomar la ofensiva, improvisando hábiles maniobras. Tal fué el plan que el consejo áulico trazó para la campaña de 1796, mandada por el mariscal Vurmser. La grande superioridad numérica de su ejército le hacía esperar la completa destruccion del ejército frances, al cual queria cortar toda retirada posible. El mariscal apoyaba sus operaciones sobre la actitud defensiva de su adversario, quien colocado sobre la línea de Adige, tenía que atender al sitio de Mantua, á la media y la baja Italia.

Vurmser, suponiendo al ejército frances establecido alrededor de Mantua, formó su ejército en tres Cuerpos que aisladamente se pusieron en marcha para reunirse en esta plaza. Mas habiendo Napoleon adivinado los proyectos del general austriaco, penetró toda la ventaja que le proporcionaba tomar la iniciativa sobre un ejército dividido en tres Cuerpos, sin tener entre

ellos comunicacion alguna. Se apresuró, pues, á levantar el sitio de Mantua, reconcentró todos sus elementos y, por este medio, se encontró en todas partes superior respecto al ejército imperial, cuyas divisiones separadas atacó y batió. Así fué como el mariscal Vurmser, que al principio sólo pensó en aprovecharse de una victoria que le parecía indudable, se vió estrechado, despues de diez dias de campaña, á llevar hácia el Tyrol los restos de su ejército, habiendo perdida 25,000 hombres muertos ó heridos, 15,000 prisioneros, 70 piezas de artillería y 9 banderas.

Nada hay pues más difícil, que trazar de antemano á un general en jefe la conducta que debe observar en el curso de una campaña; porque, ademas de que el éxito depende con frecuencia de circunstancias imprevistas, se sofocan las inspiraciones del genio, haciendo obrar por concepciones ajenas al jefe de un ejército.

III.

Un ejército que marcha á conquistar un país tiene sus dos alas apoyadas, sea en países neutrales ó en grandes obstáculos naturales, como son: rios, cadenas de montañas, etc. Puede suceder que sólo una de sus alas esté apoyada ó que las dos dejen de estarlo. En el primer caso

*.....
Pero en todos estos casos es necesario, á cada cinco ó seis dias de marcha, tener una plaza fuerte ó una posicion retrincherada sobre la línea de operaciones.*

En las guerras de la Edad Média fueron completamente olvidados ó desconocidos esos principios del arte. Los Cruzados, en sus numerosas incursiones á Palestina, parecía que sólo les guiaba el fin de combatir y vencer, á juzgar por el poco cuidado que tentan en aprovecharse de la victoria; así mismo se han visto innumerables ejércitos ir á perecer á Syria, sin sacar más provecho que el mayor ó menor número de momentáneos triunfos, obtenidos ordinariamente por su superioridad numérica. ®

Cárlos XII, tambien por olvido de esos mismos principios, abandonando su línea de operaciones y toda comunicacion con la Suecia, se arrojó en la Ultrania, en donde perdió la mayor parte de su ejército por las fatigas de una campaña de invierno, en un país desierto y desprovisto de recursos.

Batido en Pultova, quedó reducido á buscar refugio en Turquía, atravesando el Nieper con los restos de su ejército, que no excedía ya de un millar de hombres.

Gustavo Adolfo es el primero que encaminara la guerra á sus verdaderos principios; sus operaciones en Alemania fueron atrevidas, rápidas y bien organizadas; aprovechó hábilmente sus ventajas para ponerse á cubierto de un revés, y su línea de operaciones fué establecida de manera que prevenía todas las eventualidades para conservar sus comunicaciones con la Suecia.

De esas campañas comenzó una nueva era para la Historia de la guerra.

Cuando se marcha á la conquista de un país, con dos ó tres ejércitos, teniendo cada uno su línea de operaciones hasta un punto fijo en que deben reunirse, está establecido, que la reunion de esos diversos Cuerpos de ejército no debe efectuarse jamas cerca del enemigo.

En la campaña de 1757, marchando Federico á la conquista de la Bohemia con dos ejércitos, teniendo cada uno su línea de operaciones, logró, sin embargo, reunirlos á la vista del Duque de Lorena, que guarnecía Praga con el ejército imperial; pero este ejemplo no debe de seguirse. El éxito de esta operacion dependió enteramente de la inacción del Duque de Lorena, quien con sesenta mil hombres no hizo nada para impedir la reunion de dos ejércitos prusianos.

Toda guerra debe de ser metódica; porque todas deben de tener un objeto y se conducirá conforme á los principios y reglas del arte...

El mariscal de Villars ha dicho: que cuando uno está expuesto á sostener una guerra, hay que informarse exactamente del número de tropas que tiene el soberano contra quien se ha de sostener; porque no es posible hacer proyectos sólidos para la ofensiva á la defensiva, sin tener un conocimiento perfecto de lo que se deba temer ó esperar. Cuando los primeros cañonazos se han tirado, no se puede saber cuál será el fin de la guerra; así, pues, hay que pensarlo bien ántes de comenzar. Sin embargo, cuando uno ha decidido hacerla, observa el mariscal de Villars que, los planes más grandes y más atrevidos son con frecuencia los más sabios y felices. "Cuando uno quiere hacer la guerra, dice también, hay que hacerla bien, y sobre todo no vacilar."

Al principio de una campaña es preciso meditar bien si se debe ó no avanzar; pero cuando se ha efectuado la ofensiva hay que sostenerla hasta el último extremo.

El mariscal de Sajonia es del parecer de que no hay buenas retiradas más que aquellas que se hacen frente á un enemigo que persigue tibiamente; porque si persigue con tenacidad, la retirada quedará pronto convertida en derrota. "Es, pues, un horror grave, dice el mariscal, seguir el proverbio, *que hay que hacer un puente de oro al enemigo*, puesto que está uno seguro de derrotarlo, cargando con vigor cuando se retira.

Un ejército debe de estar todos los dias, todas las noches y á toda hora pronto, para oponer toda la resistencia de que es capaz...

Creo que aquí encuentran lugar las máximas siguientes, extraídas de las Me-

morias de Montecuculli, para que sirvan de suplemento á los principios generales enunciados en ese párrafo.

1. Cuando uno se ha decidido á la guerra, ya no debe escuchar ni dudas ni escrúpulos, y suponer que todo el mal que puede resultar no siempre resulta, sea que la Providencia lo impida, sea que nuestra sabiduría lo evite ó que la prudencia del enemigo no lo advierta. El éxito de una campaña se asegura confiando la direccion á un sólo jefe; porque cuando está dividida la autoridad, con frecuencia difieren en su modo de pensar y las operaciones carecen de armonía. Además, considerada la empresa en comun y no como cosa propia, no se impele con tanto vigor.

Después de haber seguido en todo las reglas del arte, cuando uno está convencido de no haber olvidado nada de aquello que podía contribuir al feliz éxito de la empresa, hay que recomendar el resultado á la Providencia y tener la conciencia tran-

quila para todo aquello que Dios quiera ordenar.

Sea cual fuere el resultado, un general en jefe debe permanecer firme y constante en sus proyectos; debe evitar igualmente enorgullecerse en la prosperidad y abatirse en la adversidad; porque en la guerra las alternativas de lo bueno y lo malo se siguen muy de cerca y forman un continuo flujo y reflujo.

2.

Quando un ejército es fuerte y aguerrido y el del enemigo es débil y de nueva formacion, ó bien, enervado por una larga ociosidad, hay que forzar al enemigo á librar batalla. Si por el contrario, tiene ventajas en sus tropas, hay que evitar un combate decisivo, acampar ventajosamente, fortificarse en los desfiladeros y darse por satisfecho con impedir sus avances.

Quando los ejércitos son casi iguales en fuerza, no debe uno evitar el combate; pero sí procurar darlo en condiciones ventajosas; para esto hay que acampar frente

al enemigo, flanquearlo al marchar, en alturas y puntos ventajosos, aprovechar los castillos y pasos que rodean su campo, y situarse ventajosamente en los puntos por donde debe pasar. Mucho se consigue con impedirle el que haga algo, con hacerle perder su tiempo, contrariarse sus desig- nios ó retardarle la ejecucion de ellos. En fin, si un ejército es completamente inferior al del enemigo y no tiene siquiera probabilidades de maniobrar ventajosamente contra él, hay que desistir de la campaña y retirarse á las plazas fuertes.

3.

En el momento de una batalla, la principal atencion de un general en jefe debe ser la de asegurar los flancos de su ejército. Los obstáculos naturales pueden, sin duda, asegurar los flancos; pero esta situacion no siendo móvil, sólo es ventajosa para el que quiere esperar el choque del enemigo y no para el que marcha á su encuentro. Es, pues, por medio de la disposicion de sus tropas, que un general debe ponerse en aptitud de rechazar los ataques

de su adversario sobre su frente, sobre sus flancos ó sobre las espaldas de su ejército.

Si uno de los flancos del ejército está apoyado por un rio ó por una barranca inaccesible, puede colocarse toda la caballería sobre el ala opuesta, con el fin de que, siendo muy superior en número, pueda uno con más facilidad envolver al enemigo.

Si éste tiene sus flancos apoyados en bosques, hay que mandar caballería ligera ó infantería para atacar su flanco ó espalda durante lo reñido del combate; tambien puede uno, si esto es posible, atacar sus bagajes y causar confusion.

Si uno quiere, con su ala derecha, batir la izquierda del enemigo, ó al contrario, batir la derecha con el ala izquierda, hay que reforzar el ala que ataca, colocando las tropas escogidas; para marchar sobre el enemigo rehusará uno el ala que debe evitar el combate, mientras que la otra marchará rápidamente, con el fin de derribarlo. Cuando la topografía del terreno lo permita, hay que acercarse secretamente y atacarlo ántes de que se pueda defender.

Si uno notare algunos signos de temor entre los enemigos, lo cual se conoce cuan-

do ejecuta sus maniobras con desorden y confusion, hay que perseguirlo inmediatamente, sin darle tiempo de recobrase; entonces es cuando hay que hacer maniobrar la caballeria para cortarle y sorprenderle su caballeria y sus bagajes.

4.

El orden de marcha debe subordinarse al orden de batalla que uno ha trazado de antemano. La marcha está bien ordenada, cuando está arreglada sobre el camino que se ha de recorrer y al tiempo que debe emplearse en ello. El frente de la columna de marcha se extiende ó se estrecha, según la topografía del país, cuidando de que la artilleria siga por las calzadas.

Cuando hay que pasar un rio, se coloca la artilleria en bateria sobre el borde, frente al punto que se quiere atravesar; eso será muy ventajoso si el rio forma un entrante y si se encuentra un vado cerca del lugar por donde se quiere efectuar el paso. A medida que se construye el puente se hace avanzar la infanteria para que tire

del lado opuesto, con el fin de que proteja á los trabajadores; pero tan luego como esté concluido hay que hacer pasar un Cuerpo de infanteria, caballeria y algunas piezas de artilleria. La infanteria debe retrincherarse inmediatamente en la cabeza del puente, y tambien conviene que se fortifique de este lado del rio, para que proteja el puente, en el caso de que el enemigo quisiera intentar un movimiento ofensivo.

La vanguardia de un ejército en marcha, debe de tener guías seguros y compañías de gastadores; los primeros para que indiquen los pasos fáciles, y los segundos para que los hagan practicables.

Si el ejército marcha por destacamentos hay que indicar, por escrito, á cada jefe de destacamento, el punto de reunion del ejército; este punto distará bastante del enemigo para que no pueda ocuparlo antes de que se reunan todos los destacamentos, para cuyo efecto es necesario conservar en secreto cuál sea el punto de reunion.

Un ejército debe marchar en el mismo orden en que debe de combatir al momento de acercarse al enemigo; si tiene uno

algo que temer, debe redoblar su vigilancia á medida que el temor se aumente ó disminuya. Cuando se pasa un desfiladero, es necesario que las tropas hagan alto más allá del paso, hasta que todo el ejército haya pasado el desfiladero.

Para ocultar los movimientos de un ejército hay que marchar de noche en los bosques, los valles; buscar los parajes cubiertos y esquivar los que estén habitados. No encender fuegos y dar verbalmente la orden de marcha, son precauciones que también deben tomarse.

Cuando se efectúan estas marchas para sorprender un puesto ó para arrojarse sobre una plaza sitiada, la vanguardia debe marchar á distancia de un tiro de fusil del destacamento.

Si la marcha se verifica con el fin de forzar un paso defendido por el enemigo, hay que aparentar que se le quiere forzar en un punto, y maniobrando rápidamente, pasar á otro. Esto también se logra, fingiendo retirarse y por una contramarcha brusca, posesionándose del paso ántes que sea ocupado por el enemigo.

Algunos generales también han forzado

pasos, maniobrando cerca del enemigo para engañarlo, mientras un destacamento sorprende el paso, ocultando su marcha ayudado por la configuración topográfica del terreno; el enemigo, estando ocupado en la observación de vuestra marcha, proporciona á ese destacamento la oportunidad de retrincherarse en el puesto que ha juzgado necesario ocupar.

5.

Se acampa de una manera distinta, según los temores que se tengan y las precauciones que se deban tomar. En país amigo se acampa separadamente para que las tropas tengan mayor comodidad; pero si está uno en presencia del enemigo debe acampar en batalla. Es necesario, en cuanto sea posible, cubrir un lado del campo con algunas defensas naturales, como un río, una cadena de rocas ó una barranca; también es indispensable observar que el campo no esté dominado y que no haya obstáculos que intercepten la comunica-

cion entre los diferentes cuarteles, impidiendo que las tropas puedan auxiliarse.

Cuando uno permanece en un campo debe tener provisiones de guerra y de boca, ó á lo ménos proporcionarse un modo seguro de traerlas; para esto es necesario establecer su línea de comunicacion y tener cuidado de no dejar detras una plaza que sea hostil.

Cuando un ejército ha tomado sus cuarteles de invierno se aumenta la seguridad de las tropas, sea escogiendo un campo, que se fortifica, y para esto hay que estar próximo á una ciudad comercial ó á un rio que pueda facilitar los trasportes; ó sea distribuyendo las tropas en lugares cerrados, de manera que estando muy inmediatos los acantonamientos, puedan ellos socorrerse recíprocamente. También se cubren los cuarteles de invierno, haciendo construir pequeñas obras cerradas sobre las avenidas de los acantonamientos y colocando puestos avanzados de caballería, para observar los movimientos del enemigo.

Se procuran las batallas cuando se tiene esperanza de obtener la victoria, ó cuando uno teme que su ejército sea destruido sin combatir; cuando se quiere socorrer una plaza sitiada y cuando anticiparse á un refuerzo del enemigo. Las batallas son útiles tambien, cuando uno quiere aprovecharse de una ventaja que se le presenta, como la de hacerse de un paso, abrumar al enemigo en el momento que acaba de cometer una falta, ó que el desacuerdo entre los jefes hace que el momento de atacarlos sea propicio.

Si el enemigo esquiva la batalla, puede forzárselo á que la acepte, sea sitiando una plaza de importancia, sea cargando de improviso cuando no pueda retirarse fácilmente, ó sea tambien fingiendo retirarse, y despues haciendo una violenta contra-marcha, atacándolo bruscamente y forzándolo á combatir.

Los diferentes casos para rehusar ó evitar una batalla, son: cuando el mal que resulte al perderla sea mayor que el bien al ganarla, cuando uno es inferior á su ad-

versario ó que espera refuerzos, en fin, cuando el enemigo está situado ventajosamente ó que se destruye él mismo, sea por un defecto en su posicion, sea por la falta ó por la desunion de los jefes.

Para ganar una batalla hay que colocar ventajosamente, cada una de las armas y ponerse en estado de combatir de frente y por el flanco, sin descuidar, por esto, el apoyar sus alas en obstáculos naturales, si se presentan, ó tambien, y caso necesario, en obras de arte. Hay que tener cuidado de que las tropas puedan auxiliarse sin confusion y que las que estén en desórden no se arrojen sobre las otras. Debe observarse, sobre todo, que los intervalos entre los diferentes Cuerpos no sean tan amplios que el enemigo pueda penetrar por ellos; porque entónces sería preciso usar de las reservas y quedaría uno expuesto á ser arrollado. Algunas veces se obtiene la victoria haciendo una diversion en medio de una batalla, ó tambien quitando al soldado toda esperanza de retirada, y colocándolo en situacion en que sólo pueda vencer ó morir.

Al principio de una batalla, si el terre-

no es igual, debe marcharse hácia el enemigo, con el fin de dar valor al soldado; pero si uno está bien situado y la artillería ventajosamente colocada, hay que esperar de pié firme al enemigo. En fin, hay que combatir con resolucion, socorrer oportunamente á los que están cansados y no comprometer las reservas sino en la última extremidad, dejando siempre algun apoyo para que las tropas desbaratadas puedan replegársele.

Cuando uno se ve obligado á atacar con todas sus fuerzas, hay que trabar el combate hácia la tarde; porque entónces, sea cual fuere el éxito de la batalla, la noche vendrá á separar los combatientes ántes que sus tropas estén muy fatigadas. Por este medio tiene uno la facilidad de practicar la retirada con órden, si el resultado del combate obliga á ello.

Durante el curso de una batalla, el general en jefe debe ocupar un punto, desde donde pueda, tanto como sea posible, ver todo su ejército; tambien debe estar advertido oportunamente, de todo lo que se pasa en las diferentes divisiones, y por su parte, distribuirá auxilio, con el fin de que

los resultados sean decisivos sobre los puntos en donde el enemigo cede, y reforzar sus tropas en aquellos en que comiencen á perder terreno. Cuando se ha vencido al enemigo, hay que perseguirlo sin darle tiempo á que se rebaga; cuando, por el contrario, ha perdido uno la esperanza de vencer, hay que retirarse en el mejor orden posible.

7.

Es de gran mérito en un general hacer combatir á la gente preparada contra la que no lo está, á las tropas frescas contra las que están fatigadas, y á los hombres intrépidos y disciplinados contra los reclusos. También debe estar alerta para caer con el ejército sobre un Cuerpo débil y destacado, seguir la pista del enemigo y cargar sobre él en los desfiladeros, ántes de que pueda dar media vuelta y ordenarse en batalla.

8.

Una posición es ventajosa cuando todas las armas están colocadas de tal manera, que puedan llenar su misión sin que alguna de ellas permanezca inútil. Debe uno tomar posiciones en las llanuras y en los terrenos descubiertos, si está más fuerte en caballería; en los lugares cubiertos y difíciles, si tiene más infantería; en los lugares estrechos, si tiene ménos tropas, y en los espaciosos si tiene superior en número. Con un ejército totalmente inferior, hay que escoger un paso difícil, ocuparlo y atrincherarse.

9.

Para sacar de una diversion toda la ventaja posible, hay que observar que el terreno sobre el cual se quiera hacer, se pueda invadir fácilmente; una diversion debe ser ejecutada con vigor y en los parajes en que pueda causar el mayor mal posible al enemigo.

Para hacer bien la guerra es preciso, pues, no desviarse jamas de estos principios generales: ser más fuerte que el enemigo por él en número y moral del ejército; dar batallas con el fin de derramar el terror en el país; dividir su ejército en tantos Cuerpos como pueda hacerlo sin peligro, con el fin de emprender varias cosas á la vez; tratar bien á los que se rinden; maltratar á los que se resisten; asegurar sus espaldas; establecerse y asegurarse en algun puesto que sea como un centro fijo, capaz de sostener todos los movimientos que se hagan despues. Tambien debe uno apoderarse de los grandes rios, de los pasos y formar su línea de comunicacion, haciéndose dueño de las fortalezas por medio de sitios y de los campos, por medio de batallas; pues es un proyecto quimérico el imaginarse que se pueden hacer grandes conquistas sin combatir. En fin, para conservar sus conquistas hay que saber emplear, en su oportunidad, la fuerza y la dulzura.

Un general en jefe debe preguntarse varias veces al dia: "Si el ejército enemigo se avistara á mi frente, á mi derecha, ó á mi izquierda ¿qué haria yo? . . ."

En la campaña de 1758 la posicion del ejército prusiano en Hohentrirch, estaba dominada por las baterias del enemigo que tenia tomadas las todas alturas, por cuyo motivo debe de considerarse como eminentemente imperfecta; sin embargo, Federico, que veía sus espaldas amenazadas por el Cuerpo de Laudon, permaneció seis dias en el campo, sin procurar rectificar su posicion.

Es de creerse que no conocia todo el peligro en que se encontraba, pues el mariscal Daun, cuyas maniobras duraron toda la noche para atacar al amanecer, sorprendió á los prusianos en su campo antes de que se hubieran puesto en estado de defensa, y por lo mismo fueron cercados en todas direcciones. Federico logró, no obstante, verificar su retirada con orden, aun-

que con la pérdida de diez mil hombres, varios generales, y casi toda su artillería. Si el mariscal Daun hubiera proseguido con más audacia las ventajas adquiridas, el Rey de Prusia no habría podido reunir su ejército; su buena fortuna le salvó de los peligros en que le había colocado su imprevisión.

El mariscal de Sajonia ha dicho, que habría más habilidad que la que se cree, en saber transformar en buenas, cuando el momento es favorable, las malas disposiciones que uno ha dictado. Ninguna maniobra desconcierta al enemigo más que ésta: despues que, para sus procedimientos, ha contado con *algo*, toma sus disposiciones de conformidad con ello, y, en el momento que ataca, ya no lo encuentra. "Lo repito, dice el mariscal, nada desconcierta tanto al enemigo y no hay cosa que más lo precipite á cometer errores; pues resulta de esto que: si no cambia sus disposiciones, lo derrotan, y si las cambia á presencia de su adversario, tambien será derrotado."

Me parece, que un general que hiciera consistir el buen resultado de una batalla

en un principio semejante, se expondría más á perder que á ganar; porque si tiene que habérselas con un enemigo habil y pronto en sus maniobras, éste podrá muy bien encontrar tiempo de aprovecharse de las malas disposiciones que se hayan tomado antes de que puedan ser rectificadas.

IX.

La fuerza de un ejército, como la cantidad de los movimientos en la mecánica, se valía por la masa multiplicada por la velocidad.....

La velocidad, dice Montecuculli, sirve para conservar secretas las operaciones de un ejército, porque no da tiempo á que se divulguen las miras del jefe. Es, pues, ventajoso acosar repentinamente al enemigo que no está prevenido, sorprenderle y hacerle que sienta el rayo antes de que vea el relámpago. Más, si una diligencia exagerada os debilita demasiado, y la pérdida de tiempo os quita la oportunidad favorable, entónces hay que pesar el bien y el mal de ambos lados, y optar.

El mariscal de Villars decía, que todo en la guerra depende de poder imponer al enemigo y de que cuando uno lo ha logrado no se le dé tiempo para que se recupere. Villars unió el ejemplo al precepto, pues sus operaciones audaces y rápidas casi siempre fueron unidas al éxito favorable.

Federico creía que debían de hacerse las guerras cortas y rápidas, porque una larga guerra disminuía la disciplina insensiblemente, despoblaba los Estados y aniquilaba sus recursos.

X.

Con un ejército inferior en número, inferior en caballería y en artillería hay que evitar una batalla general, suplir al número con la rapidez de las marchas, á la falta de artillería con la naturaleza de las maniobras, á la inferioridad de la caballería con la elección de las posiciones.....

La campaña de 1814, en Francia, se ejecutó diestramente, con arreglo á esos

principios. Napoleon, con un ejército inferior en número, desalentado por las retiradas desastrosas de Moscu y de Leipsick, y más aún por la presencia del enemigo sobre el territorio frances, logró, sin embargo, suplir su inmensa inferioridad con maniobras rápidas y bien combinadas. Las ventajas obtenidas en Champ-Aubert, Montmirail, Montereau y en Reims, comenzaron á levantar la moral del ejército frances: los numerosos reclutas de que estaba compuesto, tomaban ya el aplomo del cual los viejos regimientos les daban el ejemplo, cuando la toma de Paris y la sorprendente revolución que produjo forzaron á Napoleon á deponer las armas. Ese resultado dependió más de la fuerza de las circunstancias que de una absoluta necesidad; porque Napoleon, pasando del otro lado de la Loera, podía, con facilidad, practicar su reunión con los ejércitos de los Alpes y de los Pireneos y volver sobre el campo de batalla, con cien mil combatientes. Esta fuerza era muy suficiente para restablecer las probabilidades á su favor, tanto más cuanto que los ejércitos soberanos aliados maniobraban sobre el

territorio frances, teniendo á sus espaldas todas las plazas fuertes de Francia y de Italia.

XI.

Operar en direcciones distantes unas de otras, y sin comunicaciones, es una falta que ordinariamente hace cometer otra. La columna destaca solamente tiene órdenes para el primer día, sus operaciones para el segundo dependen de lo que ha sucedido á la columna principal; así, según las circunstancias, esta columna perderá tiempo en esperar órdenes, ó bien obrará al acaso.....

El ejército austriaco, á las órdenes del mariscal de Campo Alvinzi, se dividió en dos Cuerpos que debían operar de un modo indispensable para reunirse en seguida delante de Mantua. El primero de esos Cuerpos, con una fuerza de cuarenta y cinco mil hombres, quedó bajo las órdenes de Alvinzi, y debía salir á Monte-Baldo sobre las posiciones que el ejército frances

ocupaba en el Adige. El segundo Cuerpo, á las órdenes del general Provera, fué destinado á operar sobre el Adige bajo, para ir á levantar el bloqueo de Mantua. Napoleón, informado de los movimientos del enemigo, pero no comprendiendo aún sus proyectos, se limitó á concentrar sus masas y dar órdenes á sus tropas para que estuvieran prontas á la maniobra. Mientras tanto, nuevos datos hicieron que presto conociera el general en jefe del ejército frances, que el Cuerpo que había desembocado por la Corona sobre el Monte-Baldo pretendía reunirse con su caballería y con su artillería, las que despues de haber atravesado el Adige en Dolce, se dirigían sobre la meseta de Rivoli por la calzada de Incanole.

Desde luego infirió Napoleón que, apoderándose de la meseta, podía oponerse á esa reunion, é inclinar en beneficio propio todas las ventajas de la iniciativa; ordenó, pues, la marcha, y á las dos de la mañana, ocupaba ya esa importante posición. Dueño del punto de reunion de las columnas austriacas, el éxito correspondió á sus disposiciones; rechazó todos los ataques, hizo

siete mil prisioneros, cogió doce piezas de artillería y varias banderas.

Á las dos de la tarde se había ganado ya la batalla de Rivoli, cuando Napoleon supo que el general Provera había pasado el Adige en Anghiari y se dirigía sobre Mantua; entónces encargó á sus lugartenientes el cuidado de perseguir la retirada de Alvinzi y él mismo se puso á la cabeza de una division para frustrar las miras de Provera. Por medio de una rápida marcha logró hacerse aún de la iniciativa, é impidió á la guarnicion de Mantua se reuniera con el ejército que venia á socorrerla; tambien el Cuerpo encargado del bloqueo, orgulloso de combatir á los ojos del vencedor de Rivoli, obligó á la guarnicion á entrar en la plaza, entre tanto, la division Victor, olvidando las fatigas de una marcha forzada, acometió impetuosamente el frente del ejército de socorro, miéntras que una salida de las líneas de San Jorge lo estrechaba por el flanco, y el Cuerpo de Augereau, que había observado la marcha del general austriaco, lo atacaba por las espaldas. Provera, envuelto por todas partes, capituló. El resultado de esas dos batallas

costó al Austria tres mil hombres muertos ó heridos, veintidos mil prisioneros, cuarenta y seis piezas de artillería y veinticuatro banderas.

XII.

Un ejército no debe tener más de una sola línea de operaciones, debiendo conservarla con esmero, y sólo abandonarla por imperiosas circunstancias.

Preciso es que la línea de comunicacion de un ejército tenga seguridad y esté bien establecida, dice Montecuculli; porque todo ejército que se aleja de su línea de operaciones y que no cuida de tener esta vía de correspondencia, abierta y asegurada, marcha por la orilla de un principio en busca de su ruina, como puede verse por un sin número de ejemplos. En efecto, si el camino por donde llegan los víveres y los socorros de hombres y de municiones no está bien asegurado; si los depósitos, los hospitales, los arsenales y los lugares establecidos para los mercados, no están cómo

damente situados, no solamente el ejército no puede subsistir, sino que está expuesto á las mayores desgracias.

XIII.

Las distancias que los Cuerpos de ejército debun conservar entre ellos, en las marchas, dependen de las localidades, de las circunstancias y del fin que uno se propone.

Cuando uno marcha léjos del enemigo, puede disponer sus columnas sobre las calzadas, cuidando de conservar su artillería y los trenes del ejército; pero si la marcha es para combatir, hay que disponer el que los diferentes Cuerpos del ejército se formen en columna cerrada en el órden de batalla; los generales deben observar, además, que las cabezas de las columnas que deben atacar unidas, no se rebasen, y que al acercarse al campo de batalla establezcan entre ellas las distancias necesarias para desplegarse.

Las marchas que se hacen para ir á

combatir exigen muchas precauciones, decía Federico; y por lo mismo recomendaba á sus generales que estuvieran alertas, y que reconocieran el terreno de trecho en trecho, con el fin de tomar la iniciativa para apoderarse de las posiciones que pueden ser ventajosas para un ataque.

Varios generales son del parecer de que, en una retirada, debe uno concentrar sus fuerzas y marchar en columna cerrada, si aún está uno bastante fuerte para poder recobrar la ofensiva; pues por ese medio puede uno facilmente formarse en batalla, cuando encuentra una posicion favorable, sea para detener al enemigo cuando uno espera refuerzo, ó para atacarlo si no está en posibilidad de sostener el combate. Tal fué la retirada de Moscu, despues del paso del Adda por el ejército austro-ruso.

El general frances despues de haber cubierto la evacuacion de Milan, tomó posiciones entre el Po y el Tánaro; su campo, que se apoyaba en Alexandría y Valencia, dos plazas de guerra excelentes, tenía la ventaja de eubrir los caminos de Turin y de Savona, por los que podía verificar su retirada, en el caso de que no lograra hacer

damente situados, no solamente el ejército no puede subsistir, sino que está expuesto á las mayores desgracias.

XIII.

Las distancias que los Cuerpos de ejército debun conservar entre ellos, en las marchas, dependen de las localidades, de las circunstancias y del fin que uno se propone.

Cuando uno marcha léjos del enemigo, puede disponer sus columnas sobre las calzadas, cuidando de conservar su artillería y los trenes del ejército; pero si la marcha es para combatir, hay que disponer el que los diferentes Cuerpos del ejército se formen en columna cerrada en el órden de batalla; los generales deben observar, además, que las cabezas de las columnas que deben atacar unidas, no se rebasen, y que al acercarse al campo de batalla establezcan entre ellas las distancias necesarias para desplegarse.

Las marchas que se hacen para ir á

combatir exigen muchas precauciones, decía Federico; y por lo mismo recomendaba á sus generales que estuvieran alertas, y que reconocieran el terreno de trecho en trecho, con el fin de tomar la iniciativa para apoderarse de las posiciones que pueden ser ventajosas para un ataque.

Varios generales son del parecer de que, en una retirada, debe uno concentrar sus fuerzas y marchar en columna cerrada, si aún está uno bastante fuerte para poder recobrar la ofensiva; pues por ese medio puede uno facilmente formarse en batalla, cuando encuentra una posición favorable, sea para detener al enemigo cuando uno espera refuerzo, ó para atacarlo si no está en posibilidad de sostener el combate. Tal fué la retirada de Moscu, despues del paso del Adda por el ejército austro-ruso.

El general frances despues de haber cubierto la evacuacion de Milan, tomó posiciones entre el Po y el Tánaro; su campo, que se apoyaba en Alexandría y Valencia, dos plazas de guerra excelentes, tenía la ventaja de eubrir los caminos de Turin y de Savona, por los que podía verificar su retirada, en el caso de que no lograra hacer

su reunion con el Cuerpo de ejército de Macdonald, que había recibido orden de salir del reino de Nápoles y de abreviar su marcha para regresar á Toscana. Obligado á abandonar esta posicion por causa de la insurreccion del Piamonte y de la Toscana, Moreau se retiró sobre Asti, en donde supo que su comunicacion con el rio de Génova acababa de serle cortada por la toma de Ceva. Despues de esfuerzos inútiles para rehacerse de esta plaza, comprendió que sólo podía salvarse retirándose á las montañas; para lograr este objeto, hizo marchar hácia Francia, los bagajes y artillería pesada, por la garganta de Fenestrella; despues, abriéndose paso por el monte de San Bernardo, llegó á Loano con su artillería de campaña y los pocos trenes que había conservado. Por medio de esta marcha hábil conservó su comunicacion con Francia y se puso en aptitud de observar los movimientos del ejército de Nápoles, con el fin de facilitar su reunion, acudiendo con todas sus fuerzas reunidas sobre los puntos que fuera necesario. Macdonald, que sólo podía esperar el éxito de su marcha concentrando su pequeño ejér-

cito, descuidó, sin embargo, esta precaucion y fué batido en tres combates sucesivos en el paso de la Trebia. Así, pues, por la lentitud de su marcha, hizo infructuosas las medidas tomadas por Moreau para reunir los dos ejércitos en las llanuras del Po; y su retirada, despues de brillantes é inútiles esfuerzos en el paso de Trebia, hizo fracasar las disposiciones de Moreau para venir en su ayuda. La inaccion del mariscal Saurvarow proporcionó al fin el que el general frances pudiera verificar su reunion con los restos del ejército de Nápoles. El ejército frances, concentrado sobre el Apenino, se puso nuevamente en posibilidad de defender las importantes posiciones de la Liguria, hasta que las eventualidades de la guerra le proporcionaran los medios de volver á tomar la ofensiva.

Quando despues de una batalla decisiva, un ejército ha perdido su artillería y trenes, y que por lo mismo no está ya en aptitud de tomar la ofensiva, ni aún siquiera de poder detener los avances del enemigo que la persigue, parece que entonces es más ventajoso dividir en varios

Cuerpos los restos del ejército, y que por direcciones separadas se dirijan sobre la línea de operaciones para arrojarse en las fortalezas. Es el único medio de salvarse; porque el enemigo, dudoso en los primeros momentos sobre la marcha del ejército vencido, no sabe qué Cuerpo perseguir, y se puede obtener ventaja de esa indecision para ganar una jornada. Además, como los movimientos de un pequeño Cuerpo son mucho más expeditos que los de las grandes masas, esta disposición divergente favorece en un todo al ejército que se retira.

XIV.

En las montañas se encuentra un gran número de posiciones formidables por sí mismas que no deben de atacarse. El sistema de esta clase de guerra consiste en ocupar campos, sea sobre los flancos ó á espaldas del enemigo.

En la campaña de 1793, en los Alpes marítimos, estando el ejército francés á las

órdenes del general Brunet, hizo toda clase de esfuerzos para apoderarse, por medio de un ataque de frente, de los campamentos de Raus y de los Fourches, sus esfuerzos fueron inútiles y sólo sirvieron para levantar más todavía el valor de los piamonteses y para sacrificar lo más florido de los granaderos del ejército republicano. Las maniobras por las cuales Napoleón obligó al enemigo á evacuar sus posiciones sin combatir en 1796 bastan para hacer que se comprenda la verdad de esos principios, demostrando también, que en la guerra, los buenos resultados dependen tanto del genio del jefe como del mérito del soldado.

XV.

El primer deber de un general que da una batalla es el de atender á la gloria y al honor de las armas: la salud y la conservación de los hombres es secundario. . .

En 1645, el ejército francés, á las órdenes del Príncipe de Condé, marchaba há-

cia Norlingue para establecer el sitio, cuando advirtió que el Conde de Merci, que mandaba á los bávaros, se había anticipado y se retrincheraba en una fuerte posición que defendía Norlingue cubriendo Donaverte. No obstante la ventajosa posición que ocupaba el enemigo, Condé ordenó el ataque: el combate fué terrible, habiéndose comprometido toda la infantería del centro y de la derecha, fué derrotada y dispersada, á pesar de los esfuerzos de la caballería y de la reserva, que también fueron arrastrados en la fuga.

La batalla se había perdido; Condé, desesperado y no teniendo ya ni centro ni derecha, reunió los restos de sus batallones y se dirigió hacia su izquierda en donde Turena combatía aún; semejante perseverancia reanimó el ardor de las tropas y rompieron el ala derecha del enemigo; despues, por un cambio de frente, Turena volvió á atacar el centro: la noche protegía la audacia del Príncipe de Condé; un Cuerpo entero de bávaros, que se creía sorprendido, capituló. El resultado de esta tenacidad del general frances para arrancar la victoria, fué: el campo de batalla,

casi toda la artillería enemiga y un gran número de prisioneros. El ejército bávaro se batió en retirada, y al día siguiente de la batalla, Norlingue capituló.

XVI.

No hacer lo que el enemigo quiere que uno haga, es una máxima de guerra perfectamente comprobada, y no debe de hacerse por la razón única, de que él quiere que se haga; así pues, debe evitarse el campo de batalla que él ha reconocido y estudiado....

De este modo fué como el mariscal de Villerói, tomando el mando del ejército de Italia en la campaña de 1701, hizo, por una presunción injustificable, atacar al Príncipe Eugenio de Savoya en su puesto retrincherado de Chiavi, sobre el Oglio. Los oficiales franceses, y Catinat entre ellos, juzgaron ese puesto inexpugnable; sin embargo, Villerói insistió, y el resultado de esta insignificante batalla fué la pérdida de lo más selecto del ejército frances,

y sin los esfuerzos de Catinat habría sido mayor aún.

Fué tambien por olvido de esos mismos principios que en la campaña de 1644, el Príncipe de Condé fracasó en tolos sus ataques sobre la posición retrincherada del ejército bávaro. El Conde Merci, que la mandaba, había colocado hábilmente, en la llanura, su caballería y apoyado á Freyburgo, mientras que su infantería ocupaba la montaña.

El Príncipe de Condé, comprendiendo la imposibilidad de desalojar al enemigo, y despues de haber hecho esfuerzos inútiles para lograrlo, comenzó á maniobrar con objeto de amenazar la línea de comunicacion de Merci; pero tan luego como éste se apercibió del movimiento, levantó su campo y lo llevó más allá de las Montañas Negras.

XVII.

En una guerra de marchas y de maniobras, para eludir una batalla contra un ejército superior, es necesario retrin-

cherarse todas las noches y colocarse siempre ventajosamente para defenderse.

Como un estudio interesante sobre la materia, puede recomendarse la campaña que hizo el ejército frances y español en 1706, á las órdenes del mariscal de Beruvick, contra los portugueses. Los dos ejércitos casi dieron la vuelta á España. Comenzaron la campaña cerca de Badajoz y despues de haber maniobrado al traves de las dos Castillas, la terminaron en los reinos de Valencia y de Murcia. El ejército del mariscal de Beruvick estableció ochenta y cinco campamentos, y aunque no hubo en toda la campaña acciones generales, hizo al enemigo cerca de diez mil prisioneros.

La campaña que el mariscal de Turena verificó contra el Conde de Montecuculli en 1675, fué interesante en cuanto á las maniobras que tuvieron efecto. Cuando el ejército imperial habla tomado sus medidas para pasar el Rhin, en Estrasburgo, Turena, con presteza, habiendo tendido un puente sobre el Rhin, cerca del pueblo de Ottentreim, tres leguas arriba de Es-

trasburgo, pasó el río y acampó con su ejército cerca de Vilstet, ocupándolo. Esta posición cubría el puente de Estrasburgo, de manera que, por medio de esta maniobra, Turena cortó el paso de esta ciudad á su adversario. Montecuculli, habiendo hecho un movimiento con todo su ejército, pareció que quería amenazar el puente de Ottentreim, por el cual el ejército frances trafa sus viveres de la Alta Alsacia. Habiendo Turena adivinado las intenciones del enemigo, inmediatamente dejó un destacamento en Vilstet, y se dirigió rápidamente con todas sus fuerzas sobre el pueblo de Althenheim. Esta posición entre los dos puentes que quería conservar, le proporcionaba la facilidad de socorrerlos ántes de que el enemigo tuviera tiempo de sorprenderlos. Esta maniobra le ofreció el medio de burlar los planes de su adversario. Conyencido de que no podía, con buen éxito, hacer tentativa alguna contra los dos puentes, resolvió Montecuculli pasar el Rhin arriba de Estrasburgo, y para lograrlo, retrocedió á su primera posición de Offenburgo. El mariscal de Turena que no perdía de vista to-

dos los movimientos del ejército austriaco, regresó también con su ejército al campo de Vilstet. Sin embargo, esta tentativa del enemigo, habiendo hecho comprender al general frances el peligro á que se había expuesto alejándose de su puente, lo hizo acercar al de Estrasburgo, con el fin de tener ménos espacio que cubrir. Montecuculli pidió á los magistrados de Estrasburgo un tren de puente, y se dirigió á Scherzheim para recibirlo; pero Turena frustró otra vez sus proyectos, tomando posición de Freistet, en donde ocupó las islas del Rhin é hizo inmediatamente construir una estacada.

En fin, en toda esta campaña, Turena obligó al enemigo á que siguiera su iniciativa. Por medio de una marcha rápida logró todavía cortar á Montecuculli de la ciudad de Offemburgo, de la cual se proveía, y aún habría impedido al general austriaco que verificara su unión con el Cuerpo de Caprara, si una bala de cañón no hubiera puesto término á la vida de ese grande hombre.

XVIII.

Un general mediano que ocupa una mala posición, buscará su salvación en la retirada si lo sorprende un ejército superior; pero un gran capitán se sostendrá con valor y marchará al encuentro del enemigo.....

En 1653, el mariscal de Turena fue sorprendido por el Príncipe de Condé en una posición en que su ejército se encontraba comprometido; habría podido, batiéndose en retirada, cubrirse con el río Somma que pudo haber atravesado fácilmente en Perona, de donde sólo distaba media legua; pero, temeroso de que ese movimiento de retirada hubiera influido en la moral de su ejército, Turena, con fuerzas inferiores, sostuvo valerosamente la posición en que se encontraba y marchó al encuentro del enemigo. Después de una legua de marcha encontró una posición ventajosa, en la que se dispuso á esperar el combate. Eran las tres de la tarde, los españoles fatigados vacilaron para atacar, y

en la noche Turena se retrincheró, y los enemigos no creyendo deber exponerse á las eventualidades de una batalla, levantaron su campo.

XIX.

La transición del orden defensivo al orden ofensivo, es una de las operaciones más delicadas de la guerra.

Estudiando la primera campaña de Napoleón en Italia, se comprende lo que pueden el genio y la audacia para hacer pasar un ejército del orden defensivo al ofensivo. El ejército coaligado al mando del general Beaulieu estaba provisto de todo aquello que podía hacerlo temible; su fuerza era de ochenta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

El ejército francés, por el contrario, contaba apenas treinta mil hombres y llevaba cuando más treinta piezas de artillería. Hacía mucho tiempo no se le distribuía carne, y aún el pan no siempre se le daba;

la infantería estaba mal vestida; la caballería, mal montada, se encontraba en un estado desastroso; todos los caballos de tiro habían perecido de miseria, de modo que el servicio de la artillería sólo se hacía con mulas; en fin, habrían sido necesarios grandes medios pecuniarios para remediar tantos males, y era tal la penuria del Erario, que el gobierno sólo pudo dar dos mil luises en efectivo para abrir la campaña. Así, pues, el ejército francés ya no podía subsistir en donde estaba, y era preciso avanzar ó retroceder. Conociendo la ventaja de sorprender al enemigo desde el preludio de la campaña, por medio de un golpe decisivo, Napoleon comenzó por vigorizar la moral del soldado. En una enérgica proclama les demostró que les amenazaba una muerte oscura si permanecían á la defensiva, que nada tenían que esperar de la Francia y todo lo podían esperar de la victoria. *En las fértiles llanuras de la Italia está la abundancia, les decia; soldados, ¿os faltará el valor y la constancia?* Aprovechándose del momento de entusiasmo que acababa de inspirar á sus tropas, Napoleon concentra sus

fuerzas para caer en masa sobre los diferentes Cuerpos del ejército enemigo. Poco despues, las batallas de Montenote, de Milesimo y de Mondovi fortaleciendo la confianza que el soldado había adquirido por su general en jefe, pudo verse á este ejército, que, pocos dias ántes campado sobre áridas rocas se consumía por la miseria, ambicionaba ya la conquista de la Italia. Un mes despues de principiada la campaña, Napoleon había terminado la guerra con el Rey de Cerdeña y había conquistado todo el Milanés. Ricos acantonamientos hicieron que los soldados franceses olvidaran pronto la miseria y las fatigas, consecuencia natural de aquella marcha rápida; mientras que una vigilante administracion empleaba todos los recursos del país para organizar el material del ejército, y crear los medios necesarios para correr tras de nuevos triunfos.

XX.

Nunca debe uno abandonar su línea de operaciones; pero cuando las circunstancias lo autorizan es una de las maniobras más hábiles del arte de la guerra, el saberla cambiar.

Federico cambió algunas veces su línea de operaciones en medio de una campaña; pero él tenía la facilidad de hacerlo, pues maniobraba entónces en el centro de Alemania, país abundante en el que podía encontrar lo necesario para las necesidades de su ejército, en el caso de que las comunicaciones con la Prusia le hubieran sido cortadas. El mariscal de Turena, en la campaña de 1646, también abandonó completamente, su línea de comunicacion á los aliados; pero, como Federico, hacía él entónces la guerra en el centro de la Alemania y marchaba con todas sus fuerzas reunidas; además, por la toma de Rain, tuvo la precaucion de asegurarse una plaza de depósito sobre la que podía basar sus operaciones. Debido á sus maniobras

audaces y llenas de ingenio, forzó en seguida al ejército imperial á que abandonara sus almacenes y entrara en Austria para tomar sus cuarteles de invierno.

Me parece, sin embargo, que tales ejemplos no deben ser imitados cuando uno conoce bien el genio de su adversario, y, sobre todo, cuando no tiene que temer una insurreccion en el país al que se trasporta el teatro de la guerra.

XXI.

Cuando un ejército lleva á retaguardia un tren de sitio, ó grandes convoyes de heridos y de enfermos, es indispensable que tome los caminos más cortos para acercarse á sus depósitos lo más pronto que sea posible.

Sobre todo, en los países montañosos y en los que están entrecortados de bosques y de pantanos, es en donde es más importante la observancia de esta máxima; porque encontrándose detenidos en los desfiladeros los trenes y los convoyes, el enemigo, maniobrando, puede fácilmente dispersar

las escoltas ó atacar con pleno éxito á todo el ejército, cuando, por la misma naturaleza del terreno, se encuentra obligado á marchar formado en columna muy prolongada.

XXII.

El arte de establecer un campo sobre una posicion, no es más que el arte de tomar una linea de batalla sobre esta posicion. Con este fin, es preciso que todas las máquinas de tiro estén en juego y colocadas de un modo conveniente.....

Federico ha dicho que: para asegurarse de si uno ha establecido bien su campo, hay que ver si, al hacer un pequeño movimiento, puede uno forzar al enemigo á que haga uno grande, ó si, despues de haberlo obligado á retroceder una jornada, puede obligarlo de nuevo á que retroceda. En la guerra defensiva debe uno retrincherar su campo sobre el frente y sobre las alas de la posicion que él ocupa, y observar que la comunicacion hácia las espaldas esté

perfectamente expedita. Si estuviese uno amenazado de ser volteado, debe anticipadamente tomar sus medidas para ocupar una posicion más lejana, de modo que puedan aprovecharse los defectos que el orden de marcha puede ocasionar entre las divisiones del ejército enemigo, para intentar algunos ataques sobre la artillería ó sobre sus bagajes.

XXIII.

Cuando se ocupa una posicion que el enemigo amenaza envolver, hay que reunir con presteza las fuerzas, y amenazarlo con un movimiento ofensivo....

Esta maniobra fué la que ejecutó el general Desaix en 1798 cerca de Rastat. Con fuerzas inferiores, fué atrevido, y se mantuvo en posicion todo el dia, no obstante los vigorosos ataques del archiduque Carlos. Al anochecer, efectuó su retirada en orden, y tomó posiciones detras.

Tambien por este mismo principio, el general Moreau, en la misma campaña,

dió la batalla de Biberaque para asegurar su retirada por los desfiladeros de las Montañas Negras. Pocos días despues dió tambien la batalla de Schliengen, por igual motivo. Colocado en una ventajosa posición defensiva amenazaba al archiduque Carlos con tomar nuevamente la ofensiva, mientras que sus trenes pasaban el Rhin por el puente de Hurringue, y que tomaba las disposiciones necesarias para retroceder él mismo á la otra parte de ese rio.

Advertiré, sin embargo, que esas demostraciones defensivas deben de hacerse hácia la tarde, con el fin de no comprometerse, empeñando temprano un combate que no podría uno sostener mucho tiempo con buen resultado; la noche y la incertidumbre del enemigo, despues de una acción, servirán para favorecer la retirada, si se juzga necesaria. Más, para cubrir ese movimiento de un modo más seguro, hay que encender fuegos sobre toda la línea, con el fin de engañar al enemigo, é impedir que advierta ese movimiento retrógrado; porque en las retiradas, es muy ventajoso ganar una jornada al enemigo.

XXIV.

Una máxima de guerra que no debe de olvidarse jamas, es: que se deben de reunir los acantonamientos sobre el punto más lejano y que esté más á cubierto del enemigo, sobre todo cuando éste aparece de improvviso.....

En la campaña de 1645, por haber olvidado este principio el mariscal Turena, perdió la batalla de Mariendal; pues si en lugar de haber reunido sus acantonamientos en Erbstaussen hubiera designado como punto de reunion Mariendal, detras del Tauber, se habría reunido su ejército mucho ántes, y hubiera resultado que, en lugar de que Merá hubiera combatido contra tres mil hombres solamente en Erbstaussen, habría tenido que atacar á todo el ejército frances reunido en una posición cubierta por un rio.

De un modo indiscreto preguntaron al Vizconde de Turena, por qué había perdido la batalla de Mariendal: *Por culpa mia, respondió el mariscal; pero agregó, poco*

se ha batido el hombre que no ha cometido errores en la guerra.

XXV.

Cuando dos ejércitos están en batalla y que uno de ellos debe verificar su retirada sobre un punto, mientras que el otro puede retirarse hácia todos los de la circunferencia, éste posee inmensas ventajas.....

Tal fué la posicion del ejército frances en la famosa batalla de Leipsic que terminó de una manera tan funesta para Napoleon, la campaña de 1813; porque el combate de Hanau no podía tener importancia, en la desesperada situacion en que el ejército frances se hallaba.

Me parece que en una situacion semejante á la en que se encontraba el ejército frances, ántes de la batalla de Leipsic, no debe un general contar ya con la ayuda que pueda prestarle la fortuna, al tomar la ofensiva; pues, más bien debe procurar asegurarse de todos los medios que le favorezcan para facilitar su retirada.

Para llegar á este fin, sería preciso cubrirse desde luego con buenos retrincheramientos, con el objeto de refrenar con fuerzas inferiores los ataques del enemigo, mientras que los trenes del ejército pasaran el desfiladero; á medida que las tropas llegaran á la otra margen ocuparían las posiciones que pudieran proteger el paso de las de retaguardia, las que se encerrarían en una cabeza de puente cuando el ejército hubiera evacuado el campo.

Durante las guerras de la revolucion, se hizo poco caso de los retrincheramientos; por lo mismo se vieron grandes ejércitos disputarse despues de un sólo reves y comprometida la suerte de una nacion tan sólo por la pérdida de una batalla.

XXVI.

Hacer que los Cuerpos obren separadamente, sin tener entre ellos comunicacion alguna, y estando frente á un ejército concentrado y con fáciles comunicaciones, es proceder contra los verdaderos principios.

Los austriacos perdieron la batalla de

Hohenlinden, por haber olvidado ese principio. El ejército imperial, á las órdenes del archiduque Juan, fué dividido en cuatro columnas que se pusieron en marcha en un bosque inmenso para reunirse en el llano de Anzing, en donde debían sorprender y atacar al ejército frances; pero esos Cuerpos, que no tenían comunicacion alguna entre ellos, se vieron precisados á comprometerse aisladamente, contra un enemigo que habfa tenido la precaucion de concentrar sus masas y que podía moverlas á su arbitrio en un terreno desconocido de antemano; y por esto, el ejército austriaco, comprometido en los desfiladeros del bosque, con todos sus trenes, fué atacado por sus flancos y espaldas, y el archiduque debió sólo á la oscuridad de la noche, el haber reunido sus divisiones batidas y dispersas. Los trofeos de esta victoria fueron inmensos para el ejército frances, pues hizo once mil prisioneros, quitó cien piezas de artillería, varias banderas y todos los trenes del enemigo. Los austriacos dejaron cerca de siete mil muertos sobre el campo de batalla.

La batalla de Hohenlinden decidió la

campaña de 1800, cuyos brillantes y mercedidos triunfos colocaron á Moreau entre los mejores generales de aquel siglo.

XXVII.

Quando uno ha sido desalojado de su primer posicion, debe reconcentrar sus columnas bastante á retaguardia para que el enemigo no pueda anticipárseles...

Puede resultar una gran ventaja al reconcentrar las columnas sobre un punto distante del campo de batalla, ó de la posicion que uno ocupaba, y es: que el enemigo permanece incierto respecto de la direccion que vais á tomar. Si él divide sus fuerzas para sorprenderos, se expone á que sus destacamentos sean batidos aisladamente, en caso de que lo hayais pretendido, y de que vuestra reunion se haya verificado con oportunidad para colocaros entre sus columnas y dispersarlas una despues de la otra.

Por medio de una maniobra semejante, el general Melas en la campaña de 1799

en Italia, ganó la batalla de Genola. El general Championnet, que mandaba el ejército francés, quería cortar las comunicaciones del ejército austriaco con Turin, haciendo obrar cuerpos que maniobraban aisladamente para venir á atacarlo por las espaldas. Melas, que adivinó estos proyectos, ejecutó una marcha retrógada, por la que hizo creer á su adversario que estaba en plena retirada; sin embargo, ese movimiento sólo era para concentrar las fuerzas en el punto de reunion de los diferentes destacamentos del ejército francés, que batió y dispersó el uno despues del otro por su grande superioridad numérica. El resultado de esta maniobra, en la que el general austriaco manifestó vigor, aplomo y golpe de ojo, bastó para asegurarle la pacífica posicion.

Tambien por haber olvidado ese principio, el general Beaulieu que mandaba el ejército austro-sardo, en la campaña de 1796, perdió la batalla de Milésimo despues de la de Montenote. Su objeto al pretender reconcentrar sus distintos cuerpos en Milésimo, era el de cubrir las calzadas de Turin y de Milan; pero Napoleon, apre-

ciando debidamente la ventaja que le presentaba el entusiasmo de las tropas, animadas por un primer triunfo, lo atacó, antes de que hubiera podido reunir sus divisiones, y, por medio de hábiles maniobras, logró separar los dos ejércitos combinados. Estos se retiraron en el mayor desorden, uno por el camino de Milan y el otro por el de Turin.

XXVIII.

No debe establecerse ningun destacamento la víspera de una batalla; porque, en la noche, puede cambiar el estado de las cosas, sea por los movimientos de retirada del enemigo, ó por la llegada de grandes refuerzos que lo pongan en aptitud de tomar la ofensiva, resultando entonces, funestas las prematuras disposiciones que se hayan tomado.

En 1796, el ejército de Sambre-y-Mosa, mandado por el general Jourdan, efectuaba una retirada, tanto más difícil cuanto que él habia perdido su línea de comunicacion; sin embargo, viendo diseminadas las fuer-

en Italia, ganó la batalla de Genola. El general Championnet, que mandaba el ejército francés, quería cortar las comunicaciones del ejército austriaco con Turin, haciendo obrar cuerpos que maniobraban aisladamente para venir á atacarlo por las espaldas. Melas, que adivinó estos proyectos, ejecutó una marcha retrógada, por la que hizo creer á su adversario que estaba en plena retirada; sin embargo, ese movimiento sólo era para concentrar las fuerzas en el punto de reunion de los diferentes destacamentos del ejército francés, que batió y dispersó el uno despues del otro por su grande superioridad numérica. El resultado de esta maniobra, en la que el general austriaco manifestó vigor, aplomo y golpe de ojo, bastó para asegurarle la pacífica posicion.

Tambien por haber olvidado ese principio, el general Beaulieu que mandaba el ejército austro-sardo, en la campaña de 1796, perdió la batalla de Milésimo despues de la de Montenote. Su objeto al pretender reconcentrar sus distintos cuerpos en Milésimo, era el de cubrir las calzadas de Turin y de Milan; pero Napoleon, apre-

ciando debidamente la ventaja que le presentaba el entusiasmo de las tropas, animadas por un primer triunfo, lo atacó, antes de que hubiera podido reunir sus divisiones, y, por medio de hábiles maniobras, logró separar los dos ejércitos combinados. Estos se retiraron en el mayor desorden, uno por el camino de Milan y el otro por el de Turin.

XXVIII.

No debe establecerse ningun destacamento la víspera de una batalla; porque, en la noche, puede cambiar el estado de las cosas, sea por los movimientos de retirada del enemigo, ó por la llegada de grandes refuerzos que lo pongan en aptitud de tomar la ofensiva, resultando entonces, funestas las prematuras disposiciones que se hayan tomado.

En 1796, el ejército de Sambre-y-Mosa, mandado por el general Jourdan, efectuaba una retirada, tanto más difícil cuanto que él habia perdido su línea de comunicacion; sin embargo, viendo diseminadas las fuer-

zas del Archiduque Carlos, para verificar su retirada sobre Francforte, resolvió abrirse el camino de Vurtzburgo, en donde sólo habia dos divisiones del ejército austriaco. Ese movimiento tambien habria podido hacerse con éxito, si el general frances, que creia que sólo tenia que combatir contra dos divisiones, no hubiera cometido la falta de destacar la division de Lefebvre, que habia dejado en Schweinfurt, para cubrir la única comunicacion directa del ejército con su base de operaciones. Esta primera falta, y una poca de lentitud en la marcha del general frances, aseguraron la victoria del Archiduque, quien se apresuró en concentrar sus fuerzas; las dos divisiones de Kray y de Varteursleben, que se le incorporaron tambien, durante la batalla, lo pusieron en aptitud de oponer cincuenta mil hombres al ejército frances, que apenas tenia treinta mil combatientes; así es que fué batido y forzado á continuar su retirada por las montañas de Fuldes, en donde los caminos son tan malos quanto difícil la comarca. La division Lefebvre, fuerte de cerca de catorce mil hombres, habria podido restablecer las probabilida-

des de un éxito feliz en favor del general Jourdan; pero puede ser que pensara no era necesario el forzar solamente las divisiones que le cerraban el camino de Vurtzbourg.

XXIX.

Quando se quiere dar una batalla, es regla general la de reunir todas las fuerzas, sin omitir ninguna de ellas. Algunas veces, un batallon tan solo, decide el éxito de una jornada.

Creo que no será inútil observar que es prudente determinar, detras de la línea de reserva, el punto en el cual los diversos destacamentos deben reunirse; porque, si por causas imprevistas esos destacamentos no hubieran podido incorporarse ántes del principio de la batalla, no hay que exponerlos á caer sobre el grueso de las fuerzas enemigas, en el caso de que esté uno forzado de efectuar un movimiento retrógrado. Tambien es bueno que el enemigo no

M.—9.

tenga conocimiento de estos refuerzos, con el fin de que uno pueda darle con ellos golpes decisivos. Un auxilio recibido con oportunidad, ha dicho Federico, asegura el éxito feliz de una batalla; porque el enemigo lo creará más fuerte que lo que es, y, por esta razón se acobardará.

XXX.

Nada es más temerario y opuesto á los principios de la guerra, que el hacer una marcha de flanco al frente de un ejército en posición; sobre todo, cuando este ejército ocupe alturas á cuyo pié debe desfilarse.

Por haber olvidado este principio, perdió Federico la batalla de Kollin en la primera campaña de 1757. A pesar de sus prodigios de valor, perdieron los prusianos quince mil hombres y gran parte de su artillería, mientras que los austriacos apenas perdieron cerca de cinco mil hombres. El resultado de esta batalla fué más desgraciado aún, pues el rey de Prusia se vió

obligado á levantar el sitio de Praga y á evacuar la Bohemia.

También por haber hecho una marcha de flanco delante del ejército prusiano, perdieron los franceses la vergonzosa batalla de Rosbac. Esta marcha imprudente era tanto más reprehensible, cuanto que el príncipe de Soubise, que mandaba el ejército francés, había llevado la negligencia de maniobrar en presencia del enemigo sin tener ni vanguardia ni flanqueadores; así es, que su ejército, fuerte de cincuenta mil hombres, fué batido por seis batallones y treinta escuadrones. Perdió siete mil hombres, veintisiete banderas y gran número de cañones: los prusianos sólo tuvieron trescientos hombres puestos fuera de combate.

Por haber, pues, olvidado ese principio: que no deben jamás hacerse marchas de flanco delante de un ejército formado en batalla, Federico perdió su ejército en Kollin, y Soubise su ejército y su honor en Rosbac.

XXXI.

Procuraos todas las probabilidades de triunfo cuando proyecteis dar una gran batalla, sobre todo si teneis al frente un gran capitán; porque si sois batido, aunque esteis en el centro de vuestros almacenes, cerca de vuestras plazas. . . ¡Ay del vencido!

Debe hacerse la guerra sin confiar en la fortuna, ha dicho el mariscal de Sajonia, y en esto, sobre todo, se conoce la destreza de un general; pero cuando se ha dispuesto librar una batalla, hay que saber aprovecharse de la victoria, y sobre todo, no contentarse con haber ganado el campo de batalla, como se acostumbra.

Por dormirse sobre sus primeros laureles, despues de haber ganado la batalla de Marengo, el ejército austriaco, al día siguiente, se vió obligado á evacuar toda la Italia. El general Melas, viendo á los franceses que se retiraban, dejó la direccion de los movimientos del ejército, á su jefe de Estado Mayor, y se retiró á Alejandría para descansar de las fatigas de la jornada.

El coronel Zach, convencido, tanto como su general, de que el ejército frances no era ya más que fugitivos que debían perseguirse, formó las divisiones en columnas de marcha, de modo que el ejército imperial esperaba la orden de proseguir su marcha victoriosa en una formacion que no tenía ménos de una legua de profundidad. Eran cerca de las cuatro, cuando el general Desaix y su division se incorporaron al ejército frances; su presencia restableció un poco el equilibrio de las fuerzas: sin embargo, Napoleon vaciló un instante para decidirse entre volver á tomar la ofensiva ó á utilizar aquel Cuerpo para asegurar su retirada.

El entusiasmo que demostraban las tropas por volver á la carga le hizo salir de su irresolucion; recorrió rápidamente el frente de sus divisiones, y dirigiéndose á los soldados: *Basta de retroceder por hoy*, les dijo, *ya sabeis que yo siempre duermo sobre el campo de batalla*. El ejército pareció, por un grito unánime, anticipadamente prometerle la victoria. Napoleon volvió á tomar la ofensiva, y la vanguardia austriaca, poseida de terror al aspecto

de una masa formidable desembocando repentinamente sobre un punto, en el que poco antes sólo se veían fugitivos, da media vuelta y se arroja desordenadamente sobre el grueso de la columna, la que poco despues fué atacada con ímpetu sobre su frente y flancos. El ejército austriaco fué derrotado completamente.

El mariscal Daun experimentó poco más ó menos la misma suerte que Melas, en la batalla de Torgau, cuando la campaña de 1760. La posición del ejército austriaco era excelente; tenía Torgau á su izquierda, su derecha sobre la llanura de Siptitz, y su frente cubierto por un estanque. Federico se propuso voltear la derecha para atacarlo por la retaguardia, y para ello dividió su ejército en dos Cuerpos, el uno bajo las órdenes de Ziettren para atacar de frente, siguiendo las márgenes del estanque, y con el otro se puso en marcha para voltear la derecha de los austriacos. Mas como el general Daun tuviera conocimiento de las maniobras de su adversario, hizo un cambio de frente por medio de una contramarcha, y de este modo se puso en aptitud de repeler los ata-

ques de Federico, á quien forzó á retirarse. Esos dos Cuerpos del ejército prusiano habían obrado sin comunicacion; entre tanto Ziettren, que se apercibió de que el ruido se alejaba, dedujo que el Rey había sido batido, y comenzó un movimiento por su izquierda para procurar unírsele. Pero habiendo el general prusiano encontrado cinco batallones de la reserva, se aprovechó de este refuerzo para tomar la ofensiva; comienza, pues, el ataque vigorosamente, se apodera del valle de Siptitz, y poco despues ocupa todo el campo de batalla. El sol se ponía cuando el Rey de Prusia supo este feliz acontecimiento; volvió á toda prisa, se aprovechó de la noche para reorganizar los restos de su ejército, y, al dia siguiente de la batalla ocupó Torgau. El mariscal Daun, recibía las felicitaciones por el triunfo, cuando supo que el ejército prusiano volvía á tomar la ofensiva; inmediatamente ordenó la retirada, y al alba, los austriacos volvían á pasar el Elba, con pérdida de doce mil hombres, ocho mil prisioneros y cuarenta y cinco piezas de artillería.

El general Melas, despues de la bata-

lla de Marengo, aunque en medio de sus almacenes y de sus plazas fuertes, tuvo que abandonarlo todo para salvar los restos de su ejército. El general Mack capituló después de la batalla de Ulm, aunque estando entonces en medio de su país. Los prusianos, no obstante sus almacenes y sus reservas, después de la batalla de Jena, y los franceses después de la de Waterloo tuvieron que rendir las armas. De lo que puede deducirse, que después de perdida una batalla, no es el peor mal la pérdida de los hombres y del material, sino el desaliento, que es la consecuencia de una derrota. El valor y la confianza del vencedor aumentan en proporción que disminuye el del vencido; resulta que, sean cuales fueren los recursos de un ejército, una retirada pronto se cambiará en derrota, si el general en jefe no sabe el genio ó la audacia, y la firmeza ó la perseverancia, para levantar la moral de su ejército.

XXXII.

El deber de la vanguardia no consiste en avanzar ó en retroceder, sino en maniobrar. Debe ser formada de caballería ligera, sostenida por una reserva de caballería de línea, y de batallones de infantería que tengan también baterías para su sosten.

Federico era del parecer de que una vanguardia debe ser compuesta de destacamentos de tropas de cada arma; es preciso que el comandante de ella sepa con habilidad escoger sus campos y que, por medio de patrullas numerosas pueda estar continuamente informado de lo que pasa en el campo enemigo. Durante la guerra, el deber de una vanguardia no es el de combatir, sino el de observar al enemigo, con el fin de cubrir los movimientos del ejército. En las retiradas debe cargar con vigor y procurar envolver los trenes y los Cuerpos aislados que persiga: así, pues, para llenar este objeto, hay que reforzarla con todos los escuadrones de caballería ligera de que se pueda disponer.

XXXIII.

Hacer entrar sus parques y artillería pesada en un desfiladero de cuya salida no es uno dueño, es contrario á los usos de la guerra: en caso de retirada embrazan y se pierden.....

No hay nada más incómodo para la marcha de un ejército, que los numerosos bagajes. En la campaña de 1796, Napoleón abandonó su tren de sitio al pié de los muros de Mantua, despues de haber clavado las piezas de artillería y roto los afustes, y haciendo este sacrificio obtuvo la facilidad de que su pequeño ejército pudiera maniobrar rápidamente, con el fin de tener en todas partes la iniciativa y la superioridad sobre las fuerzas, numerosas, pero divididas del mariscal Wurmser. En 1799, en la retirada de Italia, el general Moreau, teniendo que maniobrar en las montañas, prefirió separarse de todo su parque de reserva, dirigiéndolo hacia Francia por la garganta de Fenestrela, más bien que estorbar su marcha, conservando sus trenes. Tales ejemplos deben de seguirse; porque,

si la rapidez de las marchas y la facilidad de concentrar sus fuerzas sobre los puntos decisivos se obtiene la victoria, el material de un ejército pronto se restablece, si por el contrario es uno vencido y obligado á retirarse, muy difícil será el salvar los trenes y debe congratularse cuando ha tenido la prudencia de abandonarlos oportunamente, pues que tan sólo habrían servido para aumentar los trofeos del enemigo.

XXXIV.

Hay que observar, como principio, el de no dejar jamás entre los diversos Cuerpos que forman la línea de batalla, intervalos por los cuales pueda pasar el enemigo, sino en el caso de que se le quiera atraer á una celada.

En la campaña de 1757, el Príncipe de Lorena, que cubría Praga con el ejército austriaco, notó que los prusianos procuraban rebasar su ala derecha para voltearla, é inmediatamente hizo que la infantería de esta ala practicara un cambio de fren-

te, con el fin de que formara escuadra sobre la extremidad del centro. Pero este movimiento al frente del enemigo se ejecutó con algun desórden; las cabezas de las columnas que habian marchado con demasiada rapidez se prolongaron, y despues, habiéndose alineado sobre su derecha, dejaron un gran intervalo cerca del ángulo saliente. Federico, que se apercibió de esta falta, se apresuró para aprovecharse de ella, y ordenó al Cuerpo del centro, mandado por el duque de Bevern, que se arrojara en ese vacío; y con esta maniobra decidió el éxito de la batalla. Batido y perseguido el Príncipe de Lorena, se retiró á Praga, con pérdida de diez y seis mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Debe notarse, sin embargo, que sólo debe uno precipitarse en los intervalos que presenta un ejército en batalla, cuando se tiene, por lo ménos, una fuerza igual, y que puede traspasar uno de los flancos del enemigo; porque solamente así puede uno esperar romper el centro del ejército para combatir aisladamente sus dos alas. Pero si es inferior en número corre el riesgo de ser detenido por las reservas, y destrozado

por las alas del enemigo, quien entónces puede desplegarse sobre vuestros flancos para envolveros. El mariscal de Berwick, empleando esta maniobra, ganó la batalla de Almanza, en la campaña de 1707, en España. El ejército anglo-portugués, á las órdenes de milor Galloway, vino á sitiar á Villena; pero el mariscal de Berwick, que mandaba el ejército frances y español, levantó su campo de Montealegre, y se dirigió sobre esta ciudad para hacer levantar el sitio. Al aproximarse, el general inglés, que deseaba librar batalla, se adelantó para recibirlo en las llanuras de Almanza. El éxito permaneció dudoso largo tiempo; sin embargo, habiendo sido rechazada la primera línea del Cuerpo que mandaba el duque Popoli, el caballero de Asfeld, que mandaba la segunda, dispuso sus masas de manera de que entre ellas quedaran intervalos, y cuando los ingleses, que perseguían la primera línea, llegaron sobre sus reservas, se aprovechó de la confusion en que se encontraban para atacarlos de flanco, y los destruyó enteramente. El mariscal de Berwick, advirtiendo el feliz resultado de esta maniobra, abre el

frente de su línea de batalla, y desplegándose sobre los flancos del enemigo, mientras que las reservas sostenían el ataque sobre el frente, y que la caballería maniobrabá sobre la retaguardia, obtuvo un pleno éxito. Milor Galloway, herido y perseguido, pudo con dificultad reunir los restos de su ejército y los hizo entrar á la plaza de Tortosa.

XXXV.

Los campos de un mismo ejército deben estar colocados, siempre, de manera que puedan sostenerse.

En la batalla de Dresde, cuando la campaña de 1813, el campo de los aliados sobre la margen izquierda del Elba, era completamente defectuoso; pues estaba cortado transversalmente por una barranca muy escarpada; de suerte que el ala izquierda estaba enteramente aislada del centro y de la derecha. Esta disposición viciosa no pudo ocultarse al ojo penetrante de Napoleon, quien condujo inmediatamente toda su ca-

ballería y dos cuerpos de infantería, sobre el ala izquierda; la ataca con fuerzas superiores, la desbarata y le hace diez mil prisioneros sin que ella hubiera podido recibir auxilio.

XXXVI.

Cuando el ejército enemigo se encuentra cubierto por un rio sobre el cual tiene varias cabezas de puente, no hay que abordarlo de frente, pues se diseminaria vuestro ejército y se expondría á ser cortado.

Si se ocupa una ciudad ó un pueblo sobre la ribera opuesta á la en que se encuentra el enemigo, es ventajoso escoger este punto para verificar el paso, porque es más fácil cubrir el parque de reserva, los trenes del ejército, y ocultar los trabajos del puente en una ciudad que en campo raso. También es una gran ventaja efectuar el paso al frente de una población, cuando solo está débilmente defendida por el enemigo; porque tan luego como la van-

guardia ha desembocado sobre la otra ribera, puede hacerse del puesto, establecerse, y, por medio de algunas obras defensivas, convertirlo instantáneamente en cabeza de puente. Por este procedimiento se asegura al resto del ejército la facilidad de ejecutar el paso.

XXXVII.

Desde el momento en que uno se apodera de una posición que domina la ribera opuesta, se adquieren muchas facilidades para efectuar el paso de un río, sobre todo si esta posición es bastante extensa para colocar una numerosa artillería.....

Federico ha dicho que el paso de los grandes ríos, en presencia del enemigo, es una de las operaciones más delicadas de la guerra. En caso semejante, el resultado depende del secreto, de la rapidez de las maniobras y de la puntual ejecución de las órdenes que se den para los movimientos de cada una de las divisiones; pues para

salvar este obstáculo en presencia del enemigo y sin su conocimiento, no solamente se necesita que las disposiciones estén bien determinadas, sino que sean ejecutadas sin confusión.

XXXVIII.

Es difícil impedir el paso de un río á un enemigo que tiene trenes de puente para verificarlo. Cuando el ejército que defiende el paso tiene la mira de cubrir un sitio, tan luego como el general que lo manda tenga la evidencia de que no puede oponerse al paso, debe tomar sus medidas para llegar ántes que el enemigo á una posición intermedia entre el río y la plaza que cubre.

Debe observarse que esta posición intermedia deba ser previamente reconocida, y mejor aún, retrincherada; porque el enemigo no podrá hacer un movimiento ofensivo sobre el Cuerpo destinado á los trabajos de sitio, sino cuando haya destruido este ejército de observación, que, al abrigo de

su campo, puede esperar el momento favorable para atacar de flanco ó de revés. Este ejército, retrincherado de este modo, tiene también la ventaja de estar concentrado, mientras que el enemigo debe hacer sus retrincheramientos, si quiere cubrir su puente y vigilar los movimientos del ejército de observación, para atacar en sus líneas al ejército de sitio, sin quedar expuesto á ser tomado de revés ó á ver amenazado su puente.

XXXIX.

Turena, en la campaña de 1645, fué estrechado con su ejército en Philisburgo, por un ejército muy numeroso; no se encontraba puente sobre el Rhin, pero él se aprovechó del terreno, entre el río y la plaza, para establecer su campo. . . .

El mariscal de Sajonia, en la campaña de 1741, habiendo pasado el Moldau para dirigirse contra un destacamento de catorce mil hombres que venían sobre Praga, dejó mil hombres de infantería sobre el

Moldau, con orden de retrincherarse sobre una altura que se encontraba al frente de la cabeza de puente. Con esta precaución, el mariscal aseguraba su retirada y la facilidad de volver á pasar el puente sin desorden, reuniendo su división entre esta altura retrincherada y la cabeza de puente.

¿Estos ejemplos, han sido desconocidos de los generales de los tiempos modernos, ó han creído estas precauciones innecesarias?

XL.

Tan útiles son las plazas fuertes para la guerra ofensiva como para la defensiva. Es indudable que solas no pueden detener al enemigo; pero son un medio excelente para retardar, estorbar, debilitar é inquietar á un enemigo victorioso.

Los brillantes resultados obtenidos por las Potencias aliadas, en la campaña de 1814, dieron á muchos militares una falsa idea del valor real de las plazas fuertes. Las masas formidables que atravesaron el

Rhin y los Alpes en esa época, dieron lugar de hacer los numerosos destacamentos que bloquearon las plazas fuertes que cubren las fronteras de la Francia, sin que el ejército que marchaba sobre la capital perdiera su superioridad numérica: también pudo ese ejército obrar sin temor de que fuera amenazada su retirada. Pero en ninguna época de la historia de la guerra, se han visto los ejércitos de todas las potencias de la Europa marchar combinadas y animadas de un mismo deseo de obtener un resultado único; la línea de fortalezas que rodea la Francia debía, pues, representar el papel pasivo que tuvo durante esa campaña. Muy importante me parece creer que puede atravesarse impunemente una frontera defendida por numerosas plazas de guerra, y combatir con esas plazas á retaguardia, sin haberlas sitiado primeramente ó al ménos amagádas con fuerzas suficientes.

XLI.

Sólo hay dos medios para asegurar el sitio de una plaza: el uno es comenzar por derrotar al ejército enemigo encargado de cubrir la plaza, alejarlo del campo de operaciones y arrojar los restos á la parte opuesta de algun obstáculo natural, tales como montañas ó algun gran rio...

Dice Montecuculli que cuando uno ha sitiado una plaza, no debe situarse frente al punto más débil de ella, y si sobre el punto más favorable para establecer su campo y ejecutar los designios que ha concebido. Esta máxima es también la del mariscal de Berwick. Enviado á Niza, en 1706, para establecer el sitio, determinó atacar del lado de Montalban, no obstante el parecer de Vauban y aún contra las órdenes del Rey.

Teniendo á su disposición un pequeño ejército, debió principiar por asegurar su campo, lo que hizo construyendo reductos sobre las alturas, de modo de cerrar el espacio comprendido entre el Var y el Pai-

llon que apoyaban sus flancos. Por este medio se puso á cubierto de una sorpresa; pues el duque de Saboya, teniendo la facilidad de desembocar de improviso por la garganta de Tende, era necesario que el mariscal pudiera reunir sus fuerzas para trasladarse rápidamente al encuentro del enemigo, y combatirlo antes que él pudiera tomar posesiones; de otro modo, la inferioridad de sus fuerzas le habria obligado á levantar el sitio.

El mariscal de Sajonia, sitiando Bruselas con veintiocho mil hombres solamente, contra una guarnicion de doce mil, recibió noticia de que el Príncipe de Valdeck reconcentraba sus acantonamientos para hacer levantar el sitio.

No teniendo la fuerza suficiente para formar un ejército de observacion, el mariscal vino á reconocer un campo de batalla sobre el arroyo de Voluwe, y determinó todas las disposiciones necesarias para dirigirse rápidamente, en caso de que el enemigo se aproximara. De este modo se ponía en condiciones de recibir al enemigo sin abandonar los trabajos de sitio.

XLII.

Feuquières ha dicho: que nunca debe esperarse al enemigo entre las líneas de circunvalacion, y que uno debe salir para atacarlo. Está en un error.....

Durante el sitio de Mons en 1691, reunió su ejército el Príncipe de Orange y se avanzó hasta Nuestra-Señora-de-Hall, aparentando tener la intencion de socorrer la plaza. Luis XIV, que personalmente mandaba el sitio, reunió un consejo de guerra para deliberar sobre lo que debería hacerse en el caso en que se aproximara el Príncipe de Orange. El mariscal de Duxemburgo opinó porque se le esperara dentro de las líneas de circunvalacion, y este parecer fué adoptado. El mariscal se fundaba en que cuando un ejército sitiador no es bastante fuerte para defender toda la extension de la circunvalacion, hay que salir de las líneas para combatir al enemigo; pero que cuando es bastante fuerte para campar sobre dos líneas alrededor de la plaza, es mejor aprovecharse

de un buen retrincheramiento, tanto más, cuanto que por este medio no se interrumpiera el sitio.

En 1658, el mariscal de Turena, que sitiaba Dunkerque, ya había abierto la trinchera cuando el ejército español, á las órdenes de D. Juan, Condé y de Hocquincourt, apareció á la vista de Dunkerque y tomó posiciones sobre las demas, á distancia de una legua del sitiador. Turena tenía la superioridad numérica, y sin embargo, se decidió á salir de las líneas; pero el mariscal tenía todas las ventajas en su favor, porque el enemigo no tenía artillería y su superioridad en caballería no tenía para ellos ninguna utilidad, supuesto que el terreno no era favorable para el uso de esta arma. Era, pues, necesario batir al ejército español antes que tuviera tiempo de retrincherarse y de recibir su artillería.

La victoria obtenida por los franceses en esta batalla, justificó todas las combinaciones del mariscal de Turena.

El mariscal de Berwick, sitiando Philipsburgo en 1733, tenía que temer que el Príncipe Eugenio de Saboya viniera á atacarlo antes que el sitio terminara, con to-

das las fuerzas del imperio: despues que hubo dispuesto las tropas destinadas al sitio, con el resto del ejército formó el mariscal un Cuerpo de observacion destinado á resistir al Príncipe Eugenio, en caso de que quisiera hacer una diversion sobre la Mosa ó sobre el alto Rhin. Habiéndose presentado el Príncipe frente al ejército sitiador, algunos oficiales generales no fueron del parecer de que se esperara al enemigo en las líneas, sino de que se marchara sobre él para atacarlo. Entre tanto el mariscal de Berwick, quien, como el duque de Duxemburgo, pensaba que un ejército que por todas partes puede guarnecer buenos retrincheramientos no es susceptible de ser forzado, persistió en permanecer en sus líneas. La experiencia probó que éste era tambien el dictámen del Príncipe Eugenio; porque no se atrevió á atacar los retrincheramientos, lo que sin duda habría verificado si hubiera creído poder forzarlos.

XLIII.

Los que proscriben las líneas de circunvalación y todos los socorros que puede proporcionar el arte del ingeniero, se privan gratuitamente de una fuerza y de un medio auxiliar que jamás son nocivos, siendo útiles casi siempre y con frecuencia indispensables.

Si el uno es inferior en número, ha dicho el mariscal de Sajonia, no debe permanecer detrás de los retrincheramientos, sobre los que el enemigo dirige todas sus fuerzas para forzar algunos puntos; si se tienen fuerzas iguales, tampoco debe permanecer, y si uno es superior no tiene necesidad de permanecer: ¿por qué, pues, tomarse el trabajo de hacerlos? Entre tanto, no obstante esta opinión de que son inútiles los retrincheramientos, el mariscal de Sajonia hizo uso de ellos con frecuencia.

En 1797, habiéndose presentado los generales Provera y Hohenzollern para hacer levantar el sitio de Mantua, en donde estaba encerrado el mariscal Vurmser, fue-

ron detenidos por las líneas de contravención de San Jorge. Ese ligero obstáculo bastó para dar tiempo á que Napoleon llegara á Rivoli para hacer abortar su proyecto.

XLIV.

No permitiendo las circunstancias dejar una guarnición suficiente para defender una ciudad de guerra, en la que se tenga un hospital y almacenes, por lo ménos deben emplearse los medios posibles para poner la ciudad á cubierto de un golpe de mano.

Algunos batallones esparcidos en una ciudad, no inspiran ningún temor; pero encerrados en el estrecho recinto de una ciudadela, sí son imponentes. Así, esta precaución me parece necesaria, no solamente en las plazas de guerra, sino en donde quiera que uno haya establecido depósitos de heridos y almacenes; á falta de ciudadela, se debe escoger una parte de la ciudad que sea favorable para la defensa, y

retrincerarse de modo que se pueda oponer la mayor posible resistencia.

XLV.

Una plaza de guerra sólo puede proteger á una guarnicion y detener al enemigo durante un tiempo determinado; trascurrido éste y destruidas las defensas de la plaza, la guarnicion rendirá las armas. Todos los pueblos civilizados han estado conformes en este punto, y nunca ha habido discusion más que sobre la defensa más ó ménos larga que un gobernador debe hacer ántes de capitular.....

En 1705, sitiados los franceses en Hagenau por el conde de Thungen, se veían imposibilitados para sostener el ataque. El gobernador Peri, que se había distinguido por la vigorosa defensa, no podía tener esperanzas de obtener una capitulación sin constituirse prisionero de guerra, y se decidió á abrirse paso con las armas para poder salir de la plaza. Con el fin de

poder conservar secretos sus proyectos, engañar al enemigo, y al mismo tiempo conocer el sentido en que se encontraban los oficiales subalternos, reunió un consejo de guerra, en el cual anunció que estaba decidido á morir en la brecha; despues, protestando la posicion en que se encontraba, mantuvo á toda la guarnicion sobre las armas, y en la noche, despues de haber dejado tan sólo algunos tiradores sobre la brecha, ordenó á la guarnicion que emprendiera la marcha, y salió silenciosamente de Hagenau. El éxito coronó esta audaz resolucion y Peri llegó á Saverne sin haber tenido pérdida alguna.

Dos hermosas defensas en los tiempos modernos, son las del general Massena en Gêneva, y la de Palafox en Zaragoza. El primero salió con todas sus armas, bagajes y todos los honores de la guerra, despues de haberse negado á las intimidaciones y haberse defendido hasta que el hambre le hizo capitular; el segundo, sólo se rindió cuando hubo sepultado su guarnicion bajo los escombros de la ciudad que defendía, casa por casa, hasta el momento en que el hambre y la muerte lo pusieron

en la necesidad absoluta de rendirse. Este sitio, tan honroso para los españoles como para los franceses, es uno de los más memorables de la historia de la guerra. Palafox demostró, durante este sitio, todo lo que puede esperarse de la obstinacion y del valor para prolongar la defensa de una plaza fuerte. La verdadera fuerza reside en la voluntad: así es que yo creo que al escoger un gobernador debe considerarse, más que sus talentos, su carácter; pues sus cualidades más esenciales deben ser el valor, la perseverancia y la abnegacion; y debe, sobre todo, poseer el talento, de entusiasmar, no solamente á la guarnicion sino á todos los habitantes de la plaza; sin esto, cualesquiera que sea el arte con que se hayan multiplicado las obras defensivas, la guarnicion se verá estrechada á capitular despues de haber experimentado, cuando ménos, el segundo asalto.

XLVI.

Las llaves de una plaza de guerra, bien valen la libertad de su guarnicion, cuando ésta está resuelta á no salir sino libre; así, es siempre más ventajoso acordar una capitulacion honrosa á una guarnicion que ha manifestado una vigorosa resistencia que correr la suerte de un asalto.

El mariscal de Villars ha dicho que el gobernador de una plaza de guerra nunca debe dar, por excusa de su capitulacion, la de que quiso conservar las tropas del Rey. Toda guarnicion que manifieste firmeza, no será prisionera de guerra; pues no hay general que, estando seguro de tomar una plaza por asalto, no prefiera acordar una capitulacion, ántes que exponerse á perder mil hombres para forzar á las gentes obstinadas.

XLVII.

La infantería, la caballería y la artillería, no pueden pasarse la una de la otra, así es que deben estar acantonadas de modo que, en caso de sorpresa, puedan auxiliarse mutuamente.

Ha dicho Federico que un general debe poner toda su atención para asegurar la tranquilidad de sus acantonamientos, á fin de que el soldado libre de inquietudes, pueda descansar de sus fatigas. Para lograr esto, debe observarse que las tropas puedan, rápidamente, formarse sobre un terreno reconocido con anterioridad; que los generales estén con sus divisiones ó brigadas, y que por todas partes se haga el servicio con exactitud.

El mariscal de Sajonia es de parecer de que no debe uno precipitarse para salir de sus acantonamientos, sino que hay que esperar á que el enemigo se haya aniquilado en sus marchas, para caer sobre él con tropas de descanso, cuando las suyas están ya fatigadas. Creo, sin embargo, que se.

ría peligroso considerar este parecer como máxima; pues hay muchas ocasiones en que todas las ventajas pueden obtenerse tomando la iniciativa; sobre todo, cuando el enemigo se ha visto obligado á extender sus acantonamientos por causa de la escasez de víveres, se le puede atacar antes de que haya tenido tiempo de reconcentrar sus fuerzas.

XLVIII.

La infantería no debe formar en línea sino en dos filas; porque el fusil sólo permite tirar en este orden, y por estar reconocido que los fuegos de la tercera fila son imperfectos y aún nocivos á las dos primeras.....

Me parece, que si las circunstancias exigen que una línea de infantería se forme en cuadro, el orden en dos filas será muy débil para resistir el choque de la caballería. Por más que parezca inútil la tercera fila para los fuegos de hilera, es sin embargo necesaria para reemplazar los hom-

bres que caigan de la primera y segunda; pues de otro modo será preciso cerrar las hileras y dejar entre los pelotones intervalos que no dejará de aprovechar la caballería. También me parece que cuando esté colocada la infantería en dos hileras, estarán las columnas muy prolongadas cuando se efectúe una marcha de flanco. Si uno cree más ventajoso colocar la infantería en dos filas, hay que dejar de reserva la tercera; para utilizarla se le enviará á reemplazar á la primera, cuando ésta esté fatigada y que uno se aperciba de que los fuegos carecen de rapidez.

Yo me tomé la libertad de hacer estas observaciones, porque he leído en un excelente folleto intitulado *De l'infanterie*, que proponen el orden en dos líneas como siendo el mejor. Verdad es, que el autor lo prueba con un número infinito de muy buenas razones; pero no son suficientes para contrarrestar á todas las objeciones que podrían oponérsele.

XLIX.

El método de mezclar pelotones de infantería con la caballería es defectuoso y plagado de inconvenientes. La caballería cesa de ser móvil, está estorbada en todos sus movimientos y pierde su impulso....

Sólo la debilidad de este orden, dice el mariscal de Sajonia, basta para intimidar esos pelotones de infantería; porque comprenden que si derrotan la caballería, están perdidos: la caballería, que se ha lisongeado con el auxilio de la infantería, cuando hace un movimiento algo rápido y no la ve á su lado, se desconcierta.

El mariscal de Turena y los generales de su tiempo han empleado algunas veces este orden; pero me parece que esto no era suficiente para inducir á un autor moderno á que lo presentara como ventajoso en sus *Considerations sur l'art de la guerre*. Este orden no está en uso desde hace mucho tiempo, y me parece ridículo proponerlo desde la creación de la artillería ligera. ®

L.

Las cargas de caballería son tan buenas al principio como al medio ó al fin de una batalla; cuantas veces se pueda, deben ejecutarse sobre los flancos de la infantería, sobre todo cuando ésta tiene su frente comprometido.

Al hablar de la caballería el archiduque Carlos, recomienda se lleve en masa sobre el punto decisivo, cuando el momento de utilizarla ha llegado, es decir, cuando pueda atacar con la certeza de un éxito feliz. La presteza de sus movimientos hace que la caballería pueda obrar sobre toda la línea en un mismo día. El general que la manda, en tanto que sea posible, debe reunirlos en grandes masas y evitar fraccionarla en numerosos y pequeños destacamentos. Cuando la naturaleza del terreno permite el empleo de la caballería sobre todos los puntos de la línea, es ventajoso formarlos en columna detras de la infantería, en actitud de que pueda fácilmente trasportarse á los puntos que el ca-

so requiera. Si la caballería debe cubrir una posición, se colocará bastante hácia atras para alcanzar, corriendo, las tropas que vengan á atacar esta posición. Si ella está destinada á cubrir el flanco de la infantería, debe tambien, y por el mismo motivo, colocarse hácia atras. Siendo puramente ofensivo el efecto de la caballería, se ha establecido el formarlos á una distancia del punto en que deba comprometerse suficiente para que pueda comprenderse la carrera y llegar con la mayor velocidad posible. Relativamente á la reserva de caballería, no debe ser empleada más que al fin de una batalla, sea para producir un éxito decisivo ó para proteger un movimiento de retirada. Napoleon hace notar que en la batalla de Waterloo, la caballería de la guardia que formaba la reserva, fué empeñada contra sus órdenes, y se lamenta de haber estado privado desde las cinco, de esta caballería, que, bien empleada, le habia asegurado, con tanta frecuencia, la victoria.

®

LI.

Toca á la caballería el proseguir la victoria é impedir que el enemigo derrotado se rehaga.

Que uno sea vencedor ó vencido le es de la mayor utilidad el tener escuadrones de caballería de reserva para aprovechar la victoria ó para asegurar la retirada; porque con frecuencia se han visto batallas decisivas ser de poca importancia para el vencedor, porque le ha faltado la caballería para continuar el buen éxito principiado y quitar á su adversario toda posibilidad de rehacerse. Cuando uno persigue un ejército que se retira, debe, de preferencia, dirigir las masas de caballería sobre sus flancos; siempre que sean bastante fuertes para cortarle su línea de retirada.

LII.

La artillería le es más necesaria á la caballería que á la infantería, supuesto que la caballería no hace fuego y sólo puede batirse al arma blanca....

Federico creó la artillería ligera, y el

Austria no tardó en introducirla en sus ejércitos, aunque de una manera imperfecta. En 1792 la adoptó la Francia y rápidamente la elevó al grado de perfección en que hoy se encuentra. Los servicios que esta arma ha prestado durante las guerras de la revolución, son inmensos, y puede decirse, hasta cierto punto, que ella ha cambiado la táctica, supuesto que, por su movilidad, facilita el trasportarse rápidamente sobre todos los puntos en donde la artillería puede obtener un éxito decisivo.

Napoleon ha dicho, en sus Memorias, que una batería que prolonga, domina y bate al enemigo de traves, puede decidir la victoria; así, además de que la artillería ligera es necesaria para asegurar los flancos de la caballería y preparar el éxito de una carga por el efecto de la metralla, esas dos armas deben aún estar unidas para trasladarse rápidamente sobre los puntos en donde sea ventajoso el establecimiento de baterías. La caballería, en ese caso, cubre la marcha de la artillería, protege su establecimiento y la pone al abrigo de los ataques del enemigo.

LIII.

En marcha, ó en posicion, la mayor parte de la artilleria debe estar con las divisiones de infanteria y de caballeria; el resto permanecerá en la reserva.....

Mientras mejor sea la infanteria, será más importante el apoyarla con baterias con el fin de conservarla: tambien es necesario que la artilleria agregada á las divisiones marche adelante, porque esto influye sobre la moral del soldado, el que ataca con más confianza cuando está seguro de que los flancos de la columna están sostenidos por la artilleria. La reserva de la artilleria debe emplearse en un momento decisivo y en grande masa; porque de este modo es difícil que el enemigo se atreva á intentar algo contra ella, pues casi no hay ejemplo que una bateria de sesenta cañones haya sido tomada por una carga de infanteria ó de caballeria, á ménos de que no estuviera apoyada, y en el caso de que pudiera voltearse fácilmente.

LIV.

Las baterias deben colocarse en las posiciones más ventajosas y lo más adelante posible de las lineas de la infanteria y de la caballeria, sin que por ésto puedan quedar comprometidas.....

La bateria de diez y ocho piezas de artilleria que cubría el centro del ejército ruso en la batalla de la Moskowa (Borodino), puede citarse como un ejemplo. Su colocacion sobre una protuberancia redonda que dominaba en todas direcciones, le daba tal fuerza, que bastó ella sola, por mucho tiempo, para hacer indeciso el ataque vigoroso que dieron los franceses por la derecha. Dos veces arrollada, la izquierda del ejército ruso giraba sobre esta bateria, y dos veces volvió á tomar su primera posicion. Atacada repetidas veces con rara intrepidez, esta bateria fué al fin tomada por los franceses; pero despues de haber perdido Cuerpos, de los mejores, y á los generales Montbun y Cautaincourt. El haberla tomado decidió el movimiento

retrógrado de la izquierda del ejército ruso. También puede citarse, en la campaña de 1809, el terrible efecto que produjeron las cien piezas de cañón de la guardia que el general Lauriston dirigió en la batalla de Wagram, contra la derecha del ejército austriaco.

LV.

Un general debe evitar el poner su ejército en cuarteles de descanso, cuando tiene la facilidad de reunir almacenes de viveres y forrajes, y de abastecer así las necesidades del soldado.

Resulta una gran ventaja cuando se tiene al ejército acampado, y es: que hay más facilidad en dirigir el ánimo y conservar la disciplina. El soldado acantonado se entrega con placer al descanso, luego se acostumbra y teme entrar en campaña, sucediendo lo contrario cuando está acampado; aquí el fastidio y una disciplina más severa le hacen desear que pronto se abra la campaña, con el fin de que se interrumpa

la uniformidad del servicio por la variedad de aventuras que presenta la guerra. Además, un ejército acampado está más al abrigo de una sorpresa que cuando está acantonado.

En el caso de que por necesidad tenga que acantonarse, el marqués de Fouquières recomienda que se escoja un campo sobre el frente de la línea, y que con frecuencia se reconcentren las tropas, sea de improviso para cerciorarse de verificar si el servicio se hace con regularidad, ó sea con el fin único de reunir los diferentes cuerpos.

LVI.

Un buen general, buenos cuadros, una buena organizacion, buena instruccion y disciplina severa, hacen las buenas tropas, independientemente de la causa por la que ellas se batan. . . .

Esto, segun creo, es más aplicable á los soldados que á los oficiales; pues siendo la guerra una cosa natural en el hombre, es

preciso que aquellos que raciocinan sobre las causas, se dirijan por alguna pasión. Se necesita un gran entusiasmo y una grande abnegacion en el jefe que manda, para que un ejército haga grandes cosas en una guerra en que no tiene ningun interes; esto lo comprueba la desidia con que obran, ordinariamente, las tropas auxiliares, cuando ellas mismas no son impulsadas por su jefe.

LVII.

Cuando una nacion no tiene cuadros ni un principio de organizacion militar, le es muy dificil organizar un ejército.

Esta es una verdad incontestable, sobre todo cuando se trata de un ejército destinado á combatir segun el sistema de las guerras modernas, en las que el éxito reposa principalmente en el orden, la precision y la rapidez de las maniobras.

LVIII.

La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar la fatiga y las privaciones; el valor es la segunda. La pobreza, las privaciones y la miseria, son la escuela del buen soldado.

El valor pertenece tanto al soldado joven como al veterano: por la costumbre del servicio y despues de varias campañas, es cuando el soldado adquiere el brio moral que hace soportar, sin quejarse, las fatigas y las privaciones de la guerra: entónces le enseña la experiencia á suplir lo que le falta; se contenta con lo que él puede agenciarse, porque sabe que sólo con una perseverancia sostenida puede obtenerse un buen éxito.

Napoleon podia decir, y con razon, que la miseria es la escuela del buen soldado, ya que nada puede compararse á la desnudez del ejército de los Alpes, cuando él tomó el mando, así como nada puede compararse á los éxitos brillantes que obtuvo con este mismo ejército en la primera

campaña de Italia. Las tropas que vencieron en Montenotte, Lodi, Castiglione, Bassano, Arcole y Rivoli, algunos meses ántes veían batallones enteros, cubiertos de jirones, desertar porque les faltaban los víveres.

LIX.

Hay cinco cosas que no deben jamas separarse del soldado: su fusil, sus cartuchos, su mochila, sus víveres lo ménos para cuatro dias, y sus útiles de zapa....

Es una fortuna que Napoleon reconociera la ventaja que hay en dar á los soldados una herramienta de gastador; porque su autoridad servirá, tal vez, para combatir el ridiculo en que han querido hacer caer á los que lo han propuesto. Una hacha seguramente no incomodará más al soldado de infantería, que el sable que lleva inútilmente á su costado, y le será mucho más útil. Las que se distribuyen por compañía, y que en campaña se hacen llevar á los hombres de fatiga, pronto se pierden;

así es que, cuando se tiene que acampar, con frecuencia hay dificultades para hacer leña y construir las chozas, por la carencia de los instrumentos necesarios, y sucederá lo contrario si el soldado usa el hacha como formando parte de su armamento; así tendrá la obligacion de llevarla siempre, y, sea que quiera retrincherarse en un pueblo, ó establecer barracas en un campo, un jefe de Cuerpo, pronto se apercibirá de las ventajas que traerá esta innovacion. Una vez que el hacha se haya adoptado, puede ser que se sienta la necesidad de dar tambien, á algunas compañías, palas y azadones, y sobre todo, la ventaja de retrincherarse con más frecuencia.

En las retiradas es en donde particularmente importa retrincherarse, cuando uno ha logrado hacerse de una buena posicion; porque un campo retrincherado no solamente facilita al ejército perseguido los medios de reunirse, sino que si se ha fortificado de modo que pueda imponer al enemigo, logrará, sin duda, restablecer la moral de las tropas que se retiran, y proporcionará al general en jefe los medios de volver á tomar la ofensiva, aprovechando

las primeras faltas que cometa su adversario al dictar sus disposiciones.

Se sabe que en la campaña de 1761, Federico, cercado por los dos ejércitos, ruso y austriaco, cuyas fuerzas reunidas eran cuádruples de las suyas, salvó, sin embargo, su ejército, retrincherándose en el campo de Buntzelvitz.

LX.

Es preciso estimular á los soldados, por todos los medios posibles, para que permanezcan bajo las banderas; lo que podrá obtenerse con facilidad, demostrando grande estimacion á los antiguos soldados

Algunos escritores modernos han propuesto, por el contrario, abreviar el tiempo de servicio, con el fin de que pase sucesivamente toda la juventud bajo las banderas, pretendiendo por este medio obtener levantamientos en masa bien ejercitados y capaces de repeler con buen éxito una guerra de invasion.

Por muy brillante que á primera vista parezca este sistema de fuerzas militares, yo creo, que con facilidad se le puede combatir: primeramente, el soldado, fatigado del servicio minucioso de guarnicion y del yugo de la disciplina, no tendrá muchos deseos de volver á comenzar tan luego como haya recibido su licencia; con tanta más razon, cuanto que habiendo servido el tiempo determinado, creará haber llenado los deberes que todo ciudadano tiene para con su patria.

De vuelta á su hogar, se casa, se establece, pierde rápidamente el espíritu militar, y con prontitud se inhabilita para la guerra. Lo contrario sucede con el soldado que sirve mucho tiempo; se liga á su regimiento como á una nueva familia; olvida el yugo de la disciplina; se acostumbra á las privaciones que le impone su estado, y termina porque su existencia le parezca agradable. Hay pocos oficiales que, habiendo hecho la guerra, no conozcan la diferencia que hay entre los jóvenes y los viejos soldados, sea para soportar la fatiga de una larga campaña, sea para atacar con la sangre fria que caracteriza el

verdadero valor, ó para reunirse cuando uno ha sido rechazado en desórden.

Montecuculli ha dicho: que se necesita tiempo para disciplinar un ejército, más todavía para aguerrirlo y mucho más para formar tropas viejas. Y por eso recomienda que se haga gran caso de los viejos guerreros: se necesita, dice, conservarlos con esmero y tener siempre un buen número de ellos.

Me parece, pues, que no basta aumentar la paga del soldado en atención á sus años de servicios, sino que sería necesario, además, darle una señal de distincion que le asegurara privilegios susceptibles de estimarlo y envejecer bajo las banderas, y, sobre todo, á envejecer con honor.

LXI.

En los momentos del fuego, no son las arengas las que hacen valientes á los soldados: los viejos veteranos apenas las escuchan y los reclutas las ovidan al oír el primer cañonazo....

Sin embargo, el pensamiento del general en jefe expresado de una manera enérgica, es de grande influencia sobre la moral del soldado. En 1703, cuando el ataque de Hornbec, el mariscal de Villars, viendo que las tropas avanzaban sin vigor, se lanza él mismo á la cabeza de ellas. *¡Cómo!* les dice, *acaso será necesario que yo, mariscal de Francia, suba el primero á la escalada, si quiero que me ataquen?* Estas pocas palabras despertaron su valor; oficiales y soldados se lanzaron á porfía sobre las murallas y la ciudad fué, en el acto, tomada por asalto.

Baste de retroceder por hoy, ya sabeis que yo siempre me acuesto sobre el campo de batalla, decía Napoleon al recorrer las filas, en el momento que quiso volver

á tomar la ofensiva en la batalla de Marengo. Esas pocas palabras bastaron para reanimar el ardor del soldado, y para hacerle olvidar las fatigas de una jornada, en la que casi todas las tropas habian ya combatido.

LXII.

Las tiendas no son sanas; es mejor que las tropas vivaqueen, porque duermen con los piés hácia el fuego, cuya inmediatecion seca prontamente el terreno sobre el cual se acuestan. Algunas tablas ó una poca de paja las abrigan del viento.....

La reconocida ventaja de vivaquear es un motivo más para agregar un instrumento de gastador al armamento del soldado; porque, por medio de la hacha y de la pala, podrá, con mayor facilidad, abarracarse. Yo he visto barracas hechas con ramas de árbol y cubiertas con césped, en las que se estaba perfectamente al abrigo de la lluvia y del frio, aún en las peores estaciones.

LXIII.

Las noticias que se obtienen de los prisioneros deben de apreciarse en su justo valor: un soldado no ve más allá de su compañía, y el oficial, cuando más, puede informar de la posición ó de los movimientos de la division á que pertenece, su regimiento.....

Montecuculli observa con sagacidad que los prisioneros deben de ser interrogados separadamente, con el fin de reconocer por la coincidencia de sus respuestas, si pretenden engañar por medio de noticias falsas. En general, los indicios que se obtienen de los oficiales prisioneros deben, sobre todo, aprovecharse para conocer los recursos del enemigo y algunas veces los detalles relativos á las localidades.

Federico recomienda que se amenace á los prisioneros con pasarlos por las armas, si uno se apercibe de que tienen intencion de dar informes falsos.

LXIV.

No hay nada más importante en la guerra que la unidad en el mando. Así, cuando sólo se hace la guerra contra una sola potencia, sólo debe de haber un solo ejército, operando sobre una sola línea y conducido por un solo jefe.

Los buenos resultados, dice el archiduque Carlos, sólo se obtienen con los esfuerzos simultáneos dirigidos hácia un mismo punto, con resoluciones enérgicas y con una grande rapidez en la ejecucion. Es muy raro que varios hombres que quieran llegar al mismo fin, se encuentren perfectamente de acuerdo en los medios que deban emplearse para lograrlo; pues si no supera la voluntad de uno solo, carecerán de unidad en la ejecucion de sus operaciones y no lograrán el fin propuesto. Es inútil apoyar esta máxima con ejemplos que se encuentran frecuentemente en la historia. Eugenio y aún Malborough no habian sido, sin duda, tan afortunados en las campañas que dirigieron de concierto, si la intriga y la diversidad de opiniones no hu-

iera desorganizado constantemente los ejércitos que se les oponían.

LXV.

A fuerza de disertar, perorar y dictaminar, sucederá lo que siempre ha sucedido cuando se sigue un camino semejante, esto es, que terminará uno por tomar la peor determinacion, que en la guerra, es casi siempre, la más pusilánime, ó si se quiere, la más prudente....

El príncipe Eugenio decía que los consejos de guerra sólo son buenos cuando se quiere una excusa para no emprender nada. Este es también el parecer de Villars.

Un general en jefe debe, pues, evitar la reunion de un consejo en los casos peligrosos, y limitarse tan sólo á consultar separadamente á sus oficiales generales que sean más experimentados, con el fin de que lo iluminen con sus consejos, y en seguida decidir según sus propias miras. Por este medio se constituye, es verdad, responsable del partido que va á tomar; pero

LXIV.

No hay nada más importante en la guerra que la unidad en el mando. Así, cuando sólo se hace la guerra contra una sola potencia, sólo debe de haber un solo ejército, operando sobre una sola línea y conducido por un solo jefe.

Los buenos resultados, dice el archiduque Carlos, sólo se obtienen con los esfuerzos simultáneos dirigidos hácia un mismo punto, con resoluciones enérgicas y con una grande rapidez en la ejecucion. Es muy raro que varios hombres que quieran llegar al mismo fin, se encuentren perfectamente de acuerdo en los medios que deban emplearse para lograrlo; pues si no supera la voluntad de uno solo, carecerán de unidad en la ejecucion de sus operaciones y no lograrán el fin propuesto. Es inútil apoyar esta máxima con ejemplos que se encuentran frecuentemente en la historia. Eugenio y aún Malborough no habian sido, sin duda, tan afortunados en las campañas que dirigieron de concierto, si la intriga y la diversidad de opiniones no hu-

iera desorganizado constantemente los ejércitos que se les oponían.

LXV.

A fuerza de disertar, perorar y dictaminar, sucederá lo que siempre ha sucedido cuando se sigue un camino semejante, esto es, que terminará uno por tomar la peor determinacion, que en la guerra, es casi siempre, la más pusilánime, ó si se quiere, la más prudente....

El príncipe Eugenio decía que los consejos de guerra sólo son buenos cuando se quiere una excusa para no emprender nada. Este es también el parecer de Villars.

Un general en jefe debe, pues, evitar la reunion de un consejo en los casos peligrosos, y limitarse tan sólo á consultar separadamente á sus oficiales generales que sean más experimentados, con el fin de que lo iluminen con sus consejos, y en seguida decidir según sus propias miras. Por este medio se constituye, es verdad, responsable del partido que va á tomar; pero

tiene la ventaja de obrar segun sus propias convicciones, y de estar seguro de que el secreto de sus operaciones no sea descubierto, como ordinariamente sucede cuando se discuten en consejo de guerra.

LXVI.

En la guerra sólo el jefe comprende la importancia de ciertas cosas, y sólo él puede, por su voluntad y por sus conocimientos superiores, vencer y sobreponerse á todas las dificultades.

El hombre que obedece, sea cual fuere el mando que le esté confiado, estará siempre al abrigo de sus faltas, si ha ejecutado las órdenes que le han sido dadas. No sucede lo mismo al general en jefe, sobre quien descansan la salud del ejército y el éxito de la campaña. Continuamente ocupado en observar, meditar y prever, es de presumirse que debe adquirir un juicio tan sólido, que le hará siempre advertir el estado de las cosas bajo un punto de vista más vasto y verdadero que el que alcancen

sus generales subordinados. El mariscal de Villars, en todas sus campañas, ha obrado, casi siempre, contra el parecer de sus generales y casi siempre fué afortunado: tan cierto es que un general que se siente con la fuerza de mandar un ejército, debe seguir sus propias inspiraciones, si quiere obtener buenos éxitos.

LXVII.

Autorizar á los generales y á los oficiales á deponer las armas en virtud de una capitulacion particular, en cualesquiera otra situacion que la en que formen la guarnicion de una plaza de guerra, presenta incontestables peligros. Es destruir el espíritu militar de una nacion abriendo así una puerta á los cobardes, á los tímidos y tambien á los valientes extraviados

En la campaña de 1759, Federico destacó al general Fink con diez y ocho mil hombres sobre Maxen, con el fin de cortar los desfiladeros de la Bohemia al ejército

austriaco: envuelto por fuerzas dobles, despues de un combate bastante vivo, el general Fink capituló, y catorce mil hombres depusieron las armas. Esta defeccion es tanto más vergonzosa, cuanto que el general Vunch, que mandaba la caballería, habiendo logrado abrirse paso, todo el vituperio de la capitulacion recayó sobre el general Fink, quien fué llevado despues ante un consejo de guerra, depuesto de sus dignidades militares y condenado á dos años de prision. En la campaña de Italia, en 1796, el general austriaco Provera capituló con dos mil hombres en el Castillo de Cosaria; despues, en la batalla de la Favorita, el mismo general capituló con un Cuerpo de más de seis mil hombres. Casi no se atreve uno á citar la vergonzosa defeccion del general Mack en la capitulacion de Ulm, campaña de 1805, en que treinta mil austriacos depusieron las armas, mientras que se ha visto durante las guerras de la revolucion, tantos generales abrirse paso por una vigorosa determinacion, solamente con algunos batallones.

LXVIII.

Ningun soberano, ningun pueblo, ningun general puede tener garantias, si tolera que los oficiales capitulen en campo raso y rindan las armas en virtud de un convenio que favorezca á los individuos del Cuerpo que lo estipulen, siendo contrario á los intereses del resto del ejército.....

Los soldados, que casi siempre ignoran los designios de su jefe, no pueden ser responsables de su comportamiento; si les ordena que depongan las armas, deben de hacerlo, ó faltan á las leyes de la disciplina, más necesarias para un ejército, que algunos millares de hombres. Me parece, pues, que en caso semejante, sólo los jefes deben ser responsables y sufrir la pena á que se han hecho acreedores por su infamia; pues no hay ejemplos de que los soldados no hayan cumplido con su deber en una situacion desesperada, siendo conducidos por oficiales valientes y resueltos.

LXIX.

Sólo hay una manera honrosa de ser hecho prisionero de guerra, y es siéndolo aisladamente y cuando uno no puede ya servirse de sus armas: entónces no hay condiciones, pues no podría haberlas con el honor; pero por una necesidad absoluta, fuerza es constituirse prisionero.

Siempre es tiempo de constituirse prisionero, por cuya razon debe uno verificarlo tan sólo en la última extremidad.

Permitaseme citar aquí un ejemplo de rara obstinacion en defenderse. El capitán de granaderos Dubreuil, del 37.º regimiento de línea, habiendo sido destacado con su compañía, fué detenido en su marcha por un fuerte grupo de cosacos, que le rodearon por todos lados. Ese capitán formó inmediatamente cuadro con su pequeña fuerza, y procuró llegar á los límites de un bosque que se encontraba á poca distancia del punto en que habían sido atacados, y lo lograron con pocas pérdidas; pero tan pronto como los granaderos com-

prendieron que podían encontrar un abrigo casi seguro, se desbandaron en el bosque, dejando á su capitán con algunos valientes que no quisieron abandonarle, á merced de la caballería. Reunidos los granaderos, en la espesura del bosque, se avergonzaron de haber abandonado á su capitán, y tomaron la valerosa resolución de volver para arrancarlo del enemigo si estaba prisionero, y si había sucumbido, retirar su cadáver. Despues de haberse formado en los límites del bosque, á la bayoneta, se abrieron paso al través de la caballería, y penetraron hasta el punto en que se encontraba su capitán, quien, no obstante haber recibido diez y siete heridas, se seguía defendiendo; los granaderos le rodearon inmediatamente y se internaron en el bosque sin haber tenido muchas pérdidas.

Ejemplos como éste no son raros en las guerras de la revolución, sería de desearse que nuestros contemporáneos los recogieran, para demostrar á los militares todo lo que se puede conseguir en la guerra con la voluntad y enérgicas resoluciones.

LXX.

En país conquistado, la conducta de un general está rodeada de escollos: si es enérgico, irrita y aumenta el número de los enemigos; si benigno, da esperanzas de hacer resaltar más los abusos y las vejaciones que son inevitablemente inherentes al arte de la guerra.

Entre los romanos, los generales no se elevaban al mando de los ejércitos, sino despues de haber desempeñado los distintos puestos de la magistratura. De este modo, por sus conocimientos administrativos, sus generales se encontraban en aptitud de poder gobernar las provincias conquistadas con la prevision que necesita un nuevo poder sostenido por una fuerza arbitraria. Hoy, segun las instituciones militares modernas, los generales, instruidos únicamente en lo que concierne á las operaciones de estratégica y táctica, están obligados á confiar la parte administrativa de la guerra á empleados que, no formando parte del ejército, hacen más aparentes

los abusos y vejaciones que son las consecuencias casi inevitables de la guerra.

Esta observacion, que no hago más que recordarla, me parece digna de una atencion muy particular; porque si los oficiales superiores emplearan en la diplomacia el tiempo desahogado que tienen durante la paz; si se les empleara en las diferentes legaciones que envían los soberanos á las cortes extranjeras, aprenderían á conocer las leyes y el espíritu de los gobiernos á quienes más tarde deberian combatir; tambien aprenderían á distinguir los intereses sobre los cuales deben descansar los tratados que de un modo ventajoso pueden finalizar una campaña. Con la ayuda de esos conocimientos, un general en jefe obtendría éxitos mucho más seguros y más positivos, ya que todos los resortes de la guerra se encontraran en sus manos. Se ha visto ya al príncipe Eugenio y al mariscal de Villars, desempeñar con igual aptitud los cargos de general en jefe y de negociador.

Cuando el ejército que ocupa una provincia conquistada observa bien la disciplina, casi no hay ejemplo de que los habi-

tantes de esas provincias se subleven, sino es que esta sedicion sea provocada por las exacciones de los empleados de la administracion del ejército, lo que sucede con demasiada frecuencia. Es, pues, en este punto que el general en jefe debe fijar toda su atencion, con el fin de exigir que la recaudacion de las contribuciones impuestas en virtud de las necesidades de la guerra, sean distribuidas justificadamente, y sobre todo, que sean invertidas en su verdadero objeto, en lugar de que sirvan para enriquecer á los empleados, como generalmente sucede.

LXXI.

Nada puede excusar á un general que aprovecha los conocimientos adquiridos en el servicio de su patria, para combatirla y entregar sus baluartes á las naciones extranjeras. Ese crimen está reprobado por los principios de la religion, de la moral y del honor.

Los ambiciosos que obedeciendo á sus pasiones, arman á unos ciudadanos contra

los otros, bajo el velo engañoso del interes general, me parecen más culpables aún; pues, sea cual fuere un gobierno cuyas instituciones se han consolidado por el tiempo, debe preferirse á la guerra civil, y á sus leyes anárquicas, que son la consecuencia natural, para justificar los crímenes que de ella dimanar.

Permanecer fiel á su soberano y respetar al gobierno establecido, son las cualidades que deben especialmente caracterizar al hombre de guerra.

LXXII.

Un general en jefe no está á cubierto de las faltas que cometa en la guerra ocasionadas por órdenes que reciba de su soberano ó del Ministro, cuando el que las da se encuentra lejos del campo de operaciones y que conoce mal ó ignora los últimos acontecimientos. . . .

En la campaña de 1697, el príncipe Eugenio hizo retener al correo que le llevaba órdenes del Emperador, prohibiéndole que

aventurara una batalla. Todo lo había dispuesto el príncipe para que fuera decisiva, y creyó cumplir con su deber eludiendo las órdenes del Emperador, y la batalla de Zanta, en la que los turcos perdieron cerca de treinta mil hombres y cuatro mil prisioneros, fué el éxito que coronó su audacia. Sin embargo, á pesar de las inmensas ventajas que proporcionó esta victoria al ejército imperial, el príncipe Eugenio perdió su valimiento cuando llegó á Viena.

En 1793 el general Hoche, habiendo recibido la orden de marchar sobre Tréves, con un ejército extremadamente fatigado por las continuas marchas que había hecho en medio de un país montañoso y difícil, se negó á obedecerla, y decía, con razon, que para tomar una plaza sin importancia, se le exponía á perder su ejército. Hizo que sus tropas tomaran cuarteles de invierno, y prefirió la salvacion de su ejército, de quien dependía el éxito de la campaña siguiente, á su propia conservacion; pues llamado á Paris, fué arrojado á un calabozo, del que no salió sino despues de la caída de Robespierre.

No podría yo decidir si tales ejemplos

deben de ser imitados. Sería de desearse que esta cuestion, de tan alta importancia, fuera discutida é ilustrada por hombres autorizados.

LXXIII.

La primera cualidad de un general en jefe, es la serenidad, que se forme una justa idea de los objetos, no dejándose alucinar por las buenas ó malas noticias que adquiriera: las sensaciones que reciba sucesas ó simultáneamente en el curso del día, deben clasificarse en su memoria de modo que sólo ocupen el lugar que merecen ocupar. . . .

La primera cualidad de un general en jefe, dice Montecuculli, es un gran conocimiento de la guerra: éste se adquiere con la experiencia, no es infuso; pues nadie nace capitán, despues se forma. No turbarse; tener siempre el espíritu despejado; no confundir nada en el mando; no demostrar alteracion en el semblante; dar sus órdenes en medio de una batalla con tan-

ta tranquilidad como si estuviera en pleno descanso, son las pruebas de lo que vale un general. Animar á los tímidos; aumentar el pequeño número de los valientes; reanimar el combate que languidece; reunir las tropas dispersas; traer á la carga las que han sido rechazadas; restablecer la ventaja de las armas en una situación desesperada; en fin, sucumbir, si necesario es, por salvar á la patria, son acciones que honran sobremanera al hombre de guerra.

A las cualidades ántes mencionadas puede agregarse la de saber distinguir el carácter de los hombres para emplearlos en el puesto que convenga, segun sus inclinaciones. "Todo mi cuidado, decía el mariscal de Villars, era conocer bien á mis oficiales generales subalternos; éste, por su espíritu audaz, está propio para conducir una columna al ataque; aquel, por su carácter guiado naturalmente á precaverse, sin que por esto carezca de valor, asegurará mejor la defensa de un estado. Únicamente aprovechando en su oportunidad esas diferentes cualidades personales, puede uno procurarse y casi asegurar los grandes y felices resultados."

LXXIV.

Conocer bien la carta geográfica y la parte de reconocimientos, cuidar de la expedición de las órdenes, presentar con sencillez los movimientos más complicados de un ejército; he aquí lo que debe distinguir al oficial llamado al servicio de jefe de Estado Mayor.

Las atribuciones de jefe de Estado Mayor se concretaban antiguamente á la preparacion de todo aquello que tenía relacion con la ejecucion de los planes de campaña y las operaciones adaptadas por el general en jefe: en una batalla se le empleaba en transmitir las órdenes de movimientos, debiendo vigilar su ejecucion.

Pero en las últimas guerras se ha confiado con frecuencia á los oficiales de Estado Mayor el mando de una columna de ataque ó el de fuertes destacamentos, cuando el general en jefe tenía temor de comprometer el secreto al transmitir sus órdenes y sus instrucciones. De esta innovacion, que por tanto tiempo fué rechazada resul-

tan grandes ventajas; ya que por este medio se logra que los oficiales se pongan en aptitud de perfeccionar la teoría con la práctica, y que, además, adquieren el aprecio del soldado y del oficial subalterno de las tropas de línea, quienes juzgan fácilmente de un modo desfavorable á los oficiales superiores á quienes nunca han visto en las filas de los que combaten. Los generales á quienes se colocó con éxito, durante el periodo de las guerras de la revolución, en el difícil puesto de jefe de Estado Mayor, se habían, con anterioridad, y casi todos, distinguido en el servicio de las diversas armas.

El mariscal Berthier, que desempeñó de un modo tan brillante el puesto de jefe de Estado Mayor de Napoleon, poseía las cualidades más esenciales que debe tener un general: valor tranquilo y brillante, excelente juicio y larga experiencia. Llevó las armas durante medio siglo, hizo la guerra en las cuatro partes del mundo, abrió y terminó treinta y dos campañas. En su infantería adquirió, á la vista de su padre, antiguo ingeniero geógrafo, el talento de levantar planos y de dibujarlos con gusto,

así como los conocimientos preliminares para hacerse oficial de Estado Mayor. El príncipe de Lambesc le admitió en su regimiento de dragones, y en él adquirió la ventaja tan esencial en un hombre de guerra, de manejar su caballo y sus armas con destreza; agregado despues al Estado Mayor del conde de Rochambeau, hizo su primera campaña en América, en donde comenzó á hacerse distinguir por su actividad, su valor y sus talentos. Hecho oficial superior, en el Cuerpo especial de Estado Mayor general formado por el mariscal de Segur, visitó los campos del rey de Prusia, y en 1789 desempeñó las funciones de jefe del Estado Mayor bajo el baron de Bezenval. Durante diez y nueve años invertidos en diez y seis campañas, la historia de la vida del mariscal Berthier es la misma que la de las guerras de Napoleon, de las que dirigió todos los detalles de ejecución, sea en el gabinete, sea sobre el terreno. Ageno á las intrigas políticas trabajaba con una actividad infatigable, apreciando con prontitud y sagacidad las miras generales y dando despues todas las órdenes de ejecución con prevision, claridad y conci-

sion. Discreto, impenetrable, modesto, á la vez que exacto, justo y severo para todo lo que tocaba al servicio, pero daba siempre el mismo el ejemplo del zelo y de la vigilancia; sabia conservar la disciplina y hacer respetar la autoridad que se le confiaba, por todos sus subordinados, cualquiera que fuese su rango y su grado.

LXXV.

Un general de artillería debe conocer el conjunto de las operaciones del ejército, puesto que está obligado á proveer de armas y municiones á las diferentes divisiones de que está compuesto. . . .

Despues de haber reconocido las ventajas que presenta encargar un Cuerpo militar de que provea al ejército de armas y municiones de guerra, creo que debería ya haberse hecho sentir la necesidad é importancia de confiar tambien á un Cuerpo enteramente militar el abastecimiento de víveres y forrajes, y no á una administracion separada, como se ha practicado hasta hoy.

Las administraciones civiles agregadas á los ejércitos, se forman casi siempre en el momento en que comienza la guerra, y se componen de empleados extraños á las leyes de la disciplina y que nunca la observan; son poco estimados de los militares, porque su mira es la de enriquecerse sin pararse en los medios; en fin, ellos cooperan únicamente á su interes particular en un servicio en que permanecen ajenos á las glorias del ejército. Los desórdenes y las dilapidaciones que son inherentes á esta administracion, seguramente dejarían de existir si los empleos se confiaran á hombres salidos de las filas del ejército, y que, como premio á sus trabajos pudieran compartir con sus hermanos de armas, las glorias del ejército.

te del ejército y del que no recibe ni víveres ni sueldo y raramente socorros, se encuentra, durante toda la campaña, abandonado á sus propios recursos. Debe unir la astucia al valor y la prudencia á la audacia, si quiere recoger botin sin exponer su pequeña tropa á medirse con fuerzas superiores. Siempre inquieto y rodeado de peligros que debe prever y vencer, el jefe de partidarios adquiere, en poco tiempo, una experiencia de los detalles de la guerra que un oficial de tropas de línea obtendrá raramente; porque éste está casi siempre bajo la influencia de una autoridad superior que dirige todos sus movimientos.

LXXVI.

Resonocer con destreza los desfiladeros y los vados, aprovecharse de buenas guías, interrogar al cura y al administrador del correo, ponerse en comunicaciones rápidas con los habitantes, enviar espías, apoderarse de las cartas del correo, interpretarlas y analizarlas; y por último, contestar todas las preguntas del general en jefe, cuando llegue con todo el ejército, son las cualidades que debe tener un buen general á quien se confía un puesto avanzado.

Los forrajes que se hacían con pequeños destacamentos y que ordinariamente se confiaban á los jóvenes oficiales, servían ántes para formar buenos oficiales de puestos avanzados; pero en la actualidad, que los abastecimientos del ejército se hacen por medio de contribuciones regulares, es solamente en la guerra de partidarios que puede adquirirse aún la experiencia necesaria para desempeñar ese puesto con buen éxito. Un jefe de partidarios, independien-

LXXVII.

Su genio ó su propia experiencia es lo que guía á los generales en jefe. La táctica, las evoluciones, la ciencia del oficial de ingenieros y la del oficial de artillería, pueden aprenderse en los tratados; pero los conocimientos de la gran táctica sólo se adquieren por medio de la experiencia y por el estudio de la historia de las campañas de todos los grandes capitanes....

El archiduque Carlos ha dicho que sólo con una grande experiencia y con el amor al estudio puede uno hacerse gran capitán. No basta, pues, con lo que uno mismo ha visto; porque ¿cuál es la vida del hombre tan fecunda en acontecimientos que logre adquirir una experiencia universal? Es, pues, aumentando el propio saber con los conocimientos ajenos, apreciando las investigaciones de nuestros predecesores y tomando por punto de comparación las hazañas militares y los acontecimientos que han tenido las grandes consecuencias que la historia de las guerras nos presenta, que puede uno hacerse hábil general.

LXXVIII.

Leer con frecuencia las campañas de Alejandro, Antbal, César, Gustavo, Turrena, Eugenio y de Federico, modelarse en ellos, es el único medio para llegar á ser un gran capitán y sorprender los secretos de la guerra.

Con el fin de facilitar este estudio he formado la presente recopilacion. Despues de haber leído y meditado en la historia de las guerras modernas, he procurado hacer notar, por medio de ejemplos, de qué modo pueden aplicarse á esta lectura las máximas de un célebre capitán.

Ojalá y logre mi objeto!

FIN.



UANL

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

